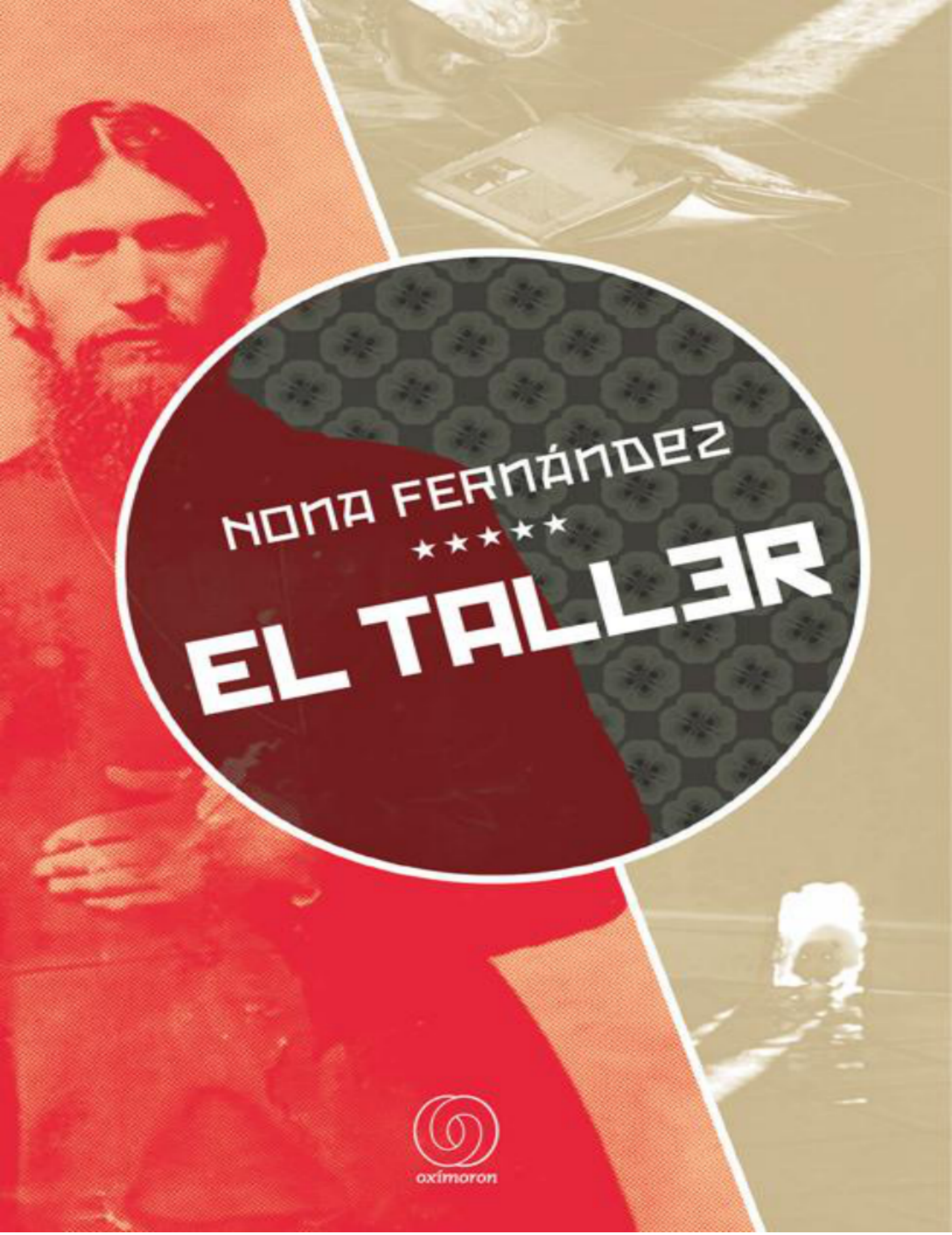
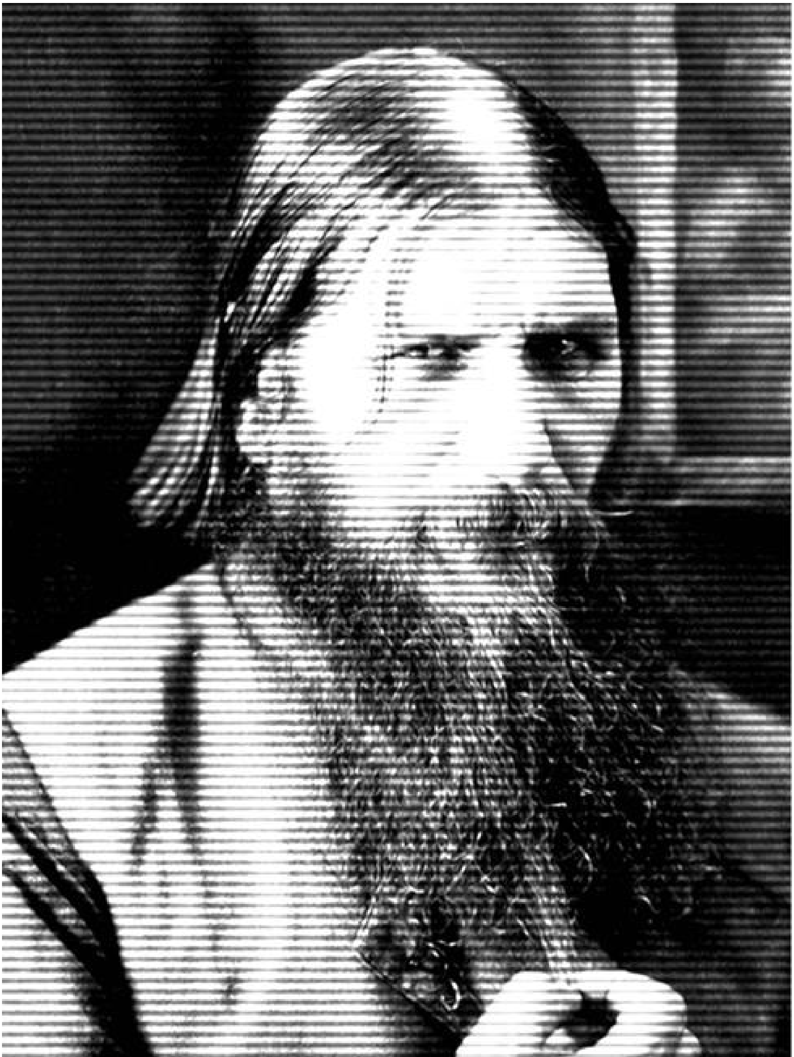

NONA FERNÁNDEZ
EL TALL3R
oxímoron



EL TALL3R

★★★★★

NONA FERNÁNDEZ

PREMIO ALTAZOR A LA MEJOR DRAMATURGIA 2013

oximoron

El Taller
Nona Fernández S.
ISBN: 978-956-9498-30-5
ISBN digital: 978-956-9498-35-0

» Colección | ESCENA / Teatro Contemporáneo
» Ismael Rivera | Edición general
» Marcelo Leonart y Maglio Pérez | Fotografías
» Maglio Pérez | Foto Portada
» Aporía | Diseño y diagramación
» Sergio Cruz | Edición electrónica

ÍNDICE

El Poto y la jeringa

Historias delirantes para salvar a alguien

Era una apuesta delirante.

Recuerdo perfectamente cuando la Nona me habló acerca de lo atractivo que sería trabajar con el tema. Antes de la crónica de Lemebel, antes del *Nocturno de Chile* de Bolaño, como jóvenes escritores noventeros (la Nona escribía cuentos y novelas y no, por ningún motivo teatro, por alguna razón le quitaba el poto a esa jeringa) conocíamos la historia de Mariana Callejas —una promisoria narradora, ganadora de importantes concursos literarios, como el del diario El Mercurio— y el famoso taller de su casa en Lo Curro. Sí, ese donde las veladas literarias, los juicios estéticos y una sana camaradería entre aspirantes a escritores convivían con la ferocidad del cuartel Quetrupillán de la DINA y de Michael Townley —el marido norteamericano de Mariana— un agente de los servicios secretos de Manuel Contreras y Pinochet, quien finalmente resultó ser el autor material de los atentados con bomba que acabaron con las vidas del General Carlos Prats y su mujer, Sofía Cuthbert, en Buenos Aires, y las de Orlando Letelier, excanciller de Allende, y Ronnie Moffit, su secretaria, en pleno centro neurálgico de Washington.

La historia real —llena de secretos y revelaciones— de un taller literario que se desarrollaba en el mismo lugar donde se planeaban atentados terroristas, donde se torturaba y se mataba, era terrible. Inquietante. Macabramente peliaguda. ¿Era posible que aquellos aspirantes a escritores desconocieran quién era su anfitriona (ella también agente de la DINA) o las oscuras actividades de su marido gringo? En aquellos años —mediados de los noventa— conocimos a mucha gente (maestros, amigos, hermanos mayores en la carrera de las letras) que habían conocido o participado de esas tertulias literarias y que nos hablaban de estas oscuras revelaciones con total perplejidad. Las veladas en casa de Mariana Callejas y Michael Townley, en medio del "apagón cultural" que se desencadenó en los setenta post golpe de estado, eran espacios protegidos y a la vez efervescentes —se nos decía— donde se podía hablar de arte y literatura, en una ciudad asfixiada por el toque de queda, con patrullas militares surcando la ciudad y —siempre— con nuevos muertos o desaparecidos que recoger o salir a buscar por las calles de la patria. ¿Qué se podía hacer, si querías tener una carrera literaria, más que acudir a ese lugar tan precioso y excepcional? ¿Qué malo podía ocurrir en un lugar donde la palabra de Borges, los cuentos recién estrenados de escritores nóveles y los proyectos literarios por desplegarse de los autores de la literatura

chilena del futuro se unían en una cálida y segura intimidad mientras el resto del país sufría los rigores de la dictadura?

Durante años —y mientras desplegaba su creatividad como escritora en sus novelas y como actriz en obras de teatro escritas por otros, no como dramaturga, por alguna razón nuestra autora seguía quitándole el poto a esa jeringa— la Nona iba recolectando material. Un testimonio por aquí. Una declaración por allá. Una copucha sabrosa escuchada por acullá. Un recorte de diario o de revista antiguos iluminando u oscureciendo alguna parte de un relato que no terminaba de encajar o que —peor o mejor— se hacía más terrible. Más perverso. Más macabramente peliagudo. Cada nuevo detalle era archivado en libretas o carpetas o simplemente en la cabeza de nuestra autora. Por curiosidad. Porque sí. O tal vez porque cada recoveco de otras investigaciones (para sus novelas o para documentales o series de televisión en los que colaboraba) iba a dar, a veces de manera oblicua, pero siempre presente, a la casa de la Vía Naranja, en Lo Curro, y a ese taller que, tal como los explosivos que fabricaba Michael en la cabañita de al lado, con el tiempo se transformaría en una bomba de relojería.

Sí. La historia del taller y las bombas y las torturas ejercidas en esa casa era una historia terrible. Inquietante. Macabramente peliaguda.

"Pero es una historia chiflada", me dijo una vez la Nona. "Es como para una obra de teatro."

(Pero recordemos: nuestra autora, novelista y actriz de obras escritas por otros, no quería escribir obras de teatro, seguía quitándole el poto a esa jeringa.)

Una historia chiflada. Como para una obra de teatro. Eso me dijo la Nona. Pero no, esa obra no podía ser —según la Nona— un drama de denuncia. Tampoco un thriller efectista. Cualquiera de esas alternativas —según la Nona— le quitarían el filo a esa potencial obra escrita por nadie. Porque la situación chiflada que planteaban los hechos reales —un grupo de escritores hablan y hablan de literatura mientras en la pieza de al lado se construyen bombas y se tortura y se asesina— tenía que ser —necesariamente, para la Nona— una comedia. Una comedia con un humor tonto y cortante e incorrecto, en que situaciones de la más completa hilaridad irrumpieran sin piedad, por ejemplo, en medio de los escabrosos detalles de los atentados y asesinatos reales —de Carlos Prats, de Orlando Letelier, de Carmelo Soria— con nombre y apellido. Porque reírnos de esos seres ciegos (protagonistas chiflados de esa historia chiflada, escritores como nosotros) ante el horror que se despliega ante sus ojos, sería una manera de hacer, si se puede, más vívido ese horror y más ridícula la impostura. Y serían —según la Nona, en esta obra

que ella no pensaba escribir porque ella no escribía obras de teatro y seguía quitándole el poto a la jeringa— una metáfora brutal y demasiado real del Chile que intentó seguir haciendo su vida normal en medio de la violencia de la dictadura en los setenta. Sí. La obra no escrita sería una manera de explorar y constatar que tontera y maldad se juntan. Y que no hay absurdo más grande que la creación artística que no ve ni dialoga con su época. Que no la observa. Que no la confronta. Que no la cuestiona. Que no se despliega como si pudiera salvar a alguien.

Sí. Era una apuesta delirante. Como parte de una generación que había vivido en carne propia los últimos rigores de la dictadura y la farsa dulce y cínica de la transición a la democracia, enfrentarse a los horrores de la dictadura a través del humor podía ser —para la Nona, en esta obra que ella no escribiría— una doble liberación. Abrirse paso a machetazos, con coreografías de onda disco, haciendo chistes homofóbicos y de la cintura para abajo y recurriendo —como una sincronía brutal, al comienzo de la escritura — a la historia de Rasputín, el monje loco de la Rusia zarista, como espejo inevitable de una sociedad incapaz de leer el futuro y acaso su propio presente.

A pesar de nuestra cercanía, desconozco el motivo exacto por el que la Nona tomó la decisión. Tal vez, como tantas otras veces, pensó que el material exigía una forma. Y que esa forma, la del teatro, era un paso que tarde o temprano daría. Tal vez solo estaba esperando unos personajes y esa casa de Lo Curro la hicieran entrar. Cuando tuvo esa certeza, no hubo vuelta atrás. Ya no había cómo quitarle el poto a esta jeringa. De un zarpazo se lanzó a la escritura.

Fui un testigo privilegiado de cómo fueron surgiendo los personajes en esta historia que es un reflejo de la historia real, pero —a la vez— un gozoso delirio de su autora. Así fueron apareciendo la Marita, los Rubenes, Cassandra, Mauricio-Caterina (que en algún momento fue un hombre y que terminó siendo mujer por las ganas de trabajar con nuestras amigas, con implicancias insospechadas para la historia). Partieron —ese séquito de seres entrañablemente ridículos— bailando un tema de onda disco y al elegir el tema *Rasputin* de Boney M fue como si el espíritu del monje loco se apropiara del sentido de una historia que no podía ser solo una historia sobre la dictadura chilena, sino algo de un alcance más universal. Porque el espíritu de la Julita Ilabaca, escritora desaparecida en las fauces de ese macabro taller literario, podía ser también el fantasma de la pequeña zarina recolectando — horrorizada— pequeños ratoncitos blancos por el hermoso y decadente Palacio de Invierno en los días de la Revolución.

Y así, al fin, la novelista y actriz que actuaba en obras de otros, por fin se convertía en dramaturga.

Porque, no importando el medio, la Nona es una narradora tremenda y delirante. Y que no pierde el foco.

Siempre cuenta historias para salvar a alguien.

Marcelo Leonart
Agosto de 2019

“Todos los escritores son unos cerdos”
Antonin Artaud

El Taller fue estrenada por La Pieza Oscura el día 26 de abril de 2012 en la Sala Lastarria 90, bajo el siguiente reparto:

María
NONA FERNÁNDEZ

Cassandra
CARMINA RIEGO

Rubén Grande
FRANCISCO MEDINA

Rubén Chico
JUAN PABLO FUENTES

Mauricio/Caterina
FRANCISCA MÁRQUEZ

La mujer que vio lo que no debía ver
NANCY GÓMEZ

Diseño integral
Catalina Devia

Música
José Miguel Miranda

Dirección
Marcelo Leonart



Talleristas

María, directora del taller
Su cuento “La espera” resultó ganador del último concurso literario del diario El Mercurio.

Cassandra, escritora inédita
Actualmente trabaja la novela erótica “El eros y el poder”.

Rubén Grande, escritor inédito
Su obra intenta darle un lugar a las minorías de género. Actualmente postula a un cargo de redactor en el Palacio de Gobierno.

Rubén Chico, escritor inédito
Combina sus estudios en el Instituto Nacional con la escritura de un libro de cuentos. Su obra intenta darle un lugar a las minorías socio-económicas.

Mauricio/Caterina, el nuevo integrante del taller

La mujer que vio lo que no debía ver

La acción transcurre en el tercer piso de una casa ubicada en Lo Curro, en el Chile de mil novecientos setenta y algo. Los acontecimientos están inspirados en el taller literario que se desarrollaba en el Cuartel Quetrupillán de la DINA, Dirección de Inteligencia Nacional del gobierno del General Augusto Pinochet. El Taller era dirigido por la agente de la DINA Mariana Callejas, escritora con cierto prestigio en la época. Sus talleristas, al parecer, desconocían este rol de agente de su compañera.

Esta obra guarda completa autonomía sobre los hechos reales. Es sólo un reflejo, una sombra, un juego. Debe ser representada con la soltura y el delirio que se necesitan para inventar una historia o narrar un sueño.



Capítulo 1:
La escena inconclusa

Érase una vez una mujer que vio lo que no debía ver.

Siguió el rastro de un grupo de ratitas muertas por el jardín de un palacio y llegó hasta donde no tenía que llegar.

Capítulo 2:
Salvando al General Prats

Un salón pequeño. Ventanas discretamente tapiadas. Una máquina de escribir. Hojas rayadas, manuscritos desordenados. Un tocadiscos funcionando. Cuatro talleristas bailando y cantando al compás del tema "Rasputín" del grupo pop alemán "Boney M".

There lived a certain man
In Russia long ago
He was big and strong, in his eyes a flaming glow
Most people looked at him
With terror and with fear
But to Moscow chicks he was such a lovely dear
He could preach the bible like a preacher
Full of extasy and fire
But he also was the kind of teacher
Woman would desire.

Ra-Ra-Rasputin
Lover of the Russian queen
There was a cat that really was gone
Ra-Ra-Rasputin
Russia's greatest love-machine
It was a shame how he carried on.

Los talleristas hablan por sobre la música.

Rubén Grande: ¿Rasputín era bolchevique?

María: ¿Estás escuchando la canción? ¿Cómo iba a ser bolchevique si era amante de la Zarina?

Rubén Grande: ¿Y qué tiene que ver? A lo mejor fue él el que terminó entregándola.

Rubén Chico: No-no-no puede haber sido el amante de la Zarina, si-si-si era campesino y además monje.

María: Pero un monje ruso, tú sabes que en Rusia todo es raro.

Cassandra: Rasputín era un hombre serio, un místico. Veía cosas, escuchaba

voces, presagiaba el futuro.

Rubén Chico: ¿Y no-no-no habrá adivinado cómo iban a fusilar a-a-a la Zarina?

María: Esas cosas no se adivinan, Rubencito.

Cassandra: No te creas, si él vio la Revolución. Tenía imágenes de gente que entraba al palacio de los Zares y que marchaba por la Plaza de San Petersburgo. Fuego, gritos, balas. Rasputín se despertaba desesperado en la noche. Imagínate lo que debe ser tener la Revolución Rusa metida en la cabeza.

María: Dicen que tenía una pirula enorme.

Rubén Grande: *(Entusiasmado)* ¿Really?

María: Yes. Cuando se murió se la cortaron. La querían poner en un museo.

Rubén Chico: ¿Lo-lo-los bolcheviques?

María: ¡No, pues! Si él murió antes de que llegaran los bolcheviques.

Cassandra: Lo envenenaron sus propios amigos de la corte en una fiesta. Un príncipe, un primo del Zar. El pobre Rasputín se murió sin saber que ese despelote que tenía en la cabeza realmente iba a pasar. Diez meses después de muerto, llegó la Revolución.

Un apagón eléctrico interrumpe la situación. La música deja de sonar. Las luces se apagan de golpe. Todo queda en completa oscuridad.

Rubén Grande: ¡Los bolcheviques!

Rubén Chico: ¡Otra vez, por la cresta! ¡Que no se-se-se pueda pasarlo bien un rato!

María: Deben haber volado alguna torre.

Rubén Chico: ¡Qué ganan con dejarnos a oscuras!

Cassandra: *(Nerviosa)* ¿Y ahora cómo nos vamos a ir? Esta casa está tan lejos de todo.

Rubén Grande: *Take it easy!* Es un apagón, nada más. Además ¿qué hora es? ¿Alguien alcanza a ver algo?

María alcanza algunas linternas a pilas. El lugar se ilumina escasamente. Rubén Chico mira su reloj.

Rubén Chico: La-la-las diez.

Rubén Grande: Tenemos un rato antes del toque de queda. Esperemos, a lo mejor vuelve la luz.

María: Y aprovechamos el tiempo. Trabajemos un poco, chiquillos, o si no se van a ir sin haber hecho nada.

Los talleristas se instalan para comenzar la sesión del taller. Toman sus manuscritos. Encienden algunas linternas o velas.

María: La sesión de hoy la quiero abrir con la siguiente frase inspiradora: "La literatura no es más que un sueño dirigido".

Rubén Grande:*(Emocionado)* Don Jorge Luis Borges.

María: Exacto.

Cassandra: Pobrecito, quedarse ciego el pobre. Imagínense el drama de ser un escritor ciego.

Rubén Chico: No-no-no se puede ser escritor y ser ciego.

Cassandra: Pero él escribe maravillas. ¡Mira tú qué frase tan hermosa la que nos leyó la Marita! Y qué cierta. Yo cuando escribo me siento como en un verdadero sueño. Sentada en mi escritorio, mirando los rosales del jardín por el ventanal, con mis velas encendidas, con los inciensos tirando ese olor inspirador, rodeada de las fotos de mis niñitas, de mis seres queridos, de mi Capitán General.

Rubén Grande: ¿Tienes una foto del General en tu escritorio, darling?

Cassandra: Tengo todo lo que me inspire.

Rubén Chico: Yo escribo en el casino del Instituto.

Rubén Grande: Yo en cualquier parte, siempre que tenga mi copa de pisco

sour al lado.

María: Yo a veces escribo en el baño, ¿pueden creerlo?

Rubén Grande: *(Sorprendido)* ¡No! ¡Pero cómo, Marita, darling! Why?

María: Ustedes saben lo ajetreada que es esta casa, siempre llena de gente, mis niños corriendo de un lado a otro. Cuando no quiero que nadie me moleste, me encierro en el baño. No hay mejor lugar para escribir en esta casa.

Cassandra: Deberíamos probar el baño entonces, a lo mejor sacaríamos cuentos tan maravillosos como los de la Marita.

Todos ríen.

María: ¿Quién leía hoy?

Cassandra: Uno de los Rubenes. No sé cuál.

Rubén Chico: A mí me to-to-toca.

Rubén Chico toma un manuscrito e intenta leer iluminado por su linterna.

Rubén Chico: Lo que traje es un mi-mi-microcuento de tres páginas.

María: Eso no es un microcuento, Rubencito, es un cuento corto. ¿Intención del proyecto?

Rubén Chico: Lo que qui-qui-quise hacer con este "cuento corto" fue dialogar con algunos textos de He-he-henry James, ha-ha-hacer una especie de cru-cru-cruce, una mixtura entre mi propia voz y la de Henry. Como un gui-gui-guiño a su obra, ¿no?

Rubén Grande: Very interesting.

Rubén Chico: Esta es la historia de una mujer po-po-pobre, muy pobre, hija de una lavandera.

Cassandra: ¿Una empleada doméstica?

Rubén Chico: U-u-una mujer humilde, pero bien instruida. Se-se-se educó en un buen colegio, el Instituto Nacional, ponte tú, pero de mujeres. ¿El Liceo 1? ¿El Carmela Carvajal? Pero aunque es bien educada, po-po-por su condición

no ha podido surgir, todo le ha costado tanto, así es que se hace pasar por aristócrata y se camufla entre los ricos pa-pa-para intentar hacerse un lugar.

Rubén Grande: ¿No la cachan?

Rubén Chico: Nadie la cacha. Su-su-su interpretación es perfecta.

Cassandra: Como Rasputín. Él era un campesino y se coló en el palacio.

Rubén Grande: *(Ríe)* Con esa pirula que tenía, ¡se podría haber colado en cualquier parte!

María: ¿Cómo se llama el cuento?

Rubén Chico: La infiltrada.

Rubén Chico intenta leer bajo el foco de su linterna cuando vuelve la luz. La lámpara se enciende, el tocadiscos comienza a funcionar nuevamente.

En el centro del lugar se encuentra un hombre joven con aspecto de oficinista. Tiene una barba larga y tupida. Y una melena negra que trae suelta. Entre sus manos una carpeta llena de papeles y algunos libros. Todos lo miran sorprendidos. María apaga rápidamente el tocadiscos.

María: ¿Y usted quién es?

Mauricio: Buenas noches. ¿Aquí es el taller?

María: *(Desconcertada)* Sí, aquí es. ¿Pero usted quién es?

Mauricio: Mauricio Pérez. Usted debe ser doña María.

María: ¿Quién lo dejó pasar? ¿Los italianos?

Mauricio: ¿Qué italianos?

María: Los que están abajo. ¿Giorgio? ¿Stefano?

Mauricio: Me hizo pasar un guardia. Después un caballero gringo me pidió el carnet y me dijo que subiera.

María: Tomy, así se llama el gringo. Es mi marido.

Rubén Chico: ¿Y có-có-cómo supo del taller? ¿Quién lo mandó para acá?

Mauricio: La Julia Ilabaca.

Silencio. Todos se miran impresionados. El nombre de Julia Ilabaca los sorprende y descompone.

Cassandra: Mira tú la Julita… Se fue de aquí echando pericos y ahora nos manda gente.

Rubén Grande: ¿Está seguro que lo mandó ella?

Mauricio: Me dio la dirección y los datos para llegar. De otra manera no tendría cómo haber dado con esta casa.

María: ¿Nos da un momento, por favor, Marcelo?

Mauricio: Mauricio. Y por favor no me trate de usted.

María: Si quieres baja un rato. Los italianos deben estar cocinando, van a estar felices de tener con quién conversar.

Mauricio: ¿Después subo?

María: Yo te aviso por el citófono. Es que esto ha sido un poco sorpresivo, tenemos que darle una vuelta a tu admisión. Hay ciertos procedimientos que tenemos que respetar.

Mauricio: Entiendo.

6 *Mauricio sale. Los talleristas se reúnen. Hablan a un volumen bajo para no ser escuchados.*

Rubén Chico: Yo no-no-no sé a ustedes, pero a mí este gallo me pa-pa-parece raro. No creo que la Julia lo haya mandado, está mintiendo. A lo me-me-mejor es un infiltrado.

Rubén Grande: ¿Un infiltrado de dónde?

Rubén Chico: Del taller de Donoso.

Cassandra: ¿Tú crees?

Rubén Chico: La Julia se fue para a-a-allá, con ese viejo, ¿por qué-qué-qué no se lo llevó con ella?

Rubén Grande: No sabemos si la Julia se fue para allá, darling. La verdad es que después que se fue de aquí no sabemos nada de ella.

Cassandra: Es cierto, nadie la ha visto. Esa mujer se esfumó.

Rubén Chico: La Julia se fue donde el viejo. ¿A-a-a dónde más se iba a ir si no? Lo dijo a grito pelado esa noche: U-u-ustedes son unos pelotudos, no-no-no saben ver las cosas, escriben pésimo, patéticos, ridículos…

Rubén Grande: Frívolos, también nos dijo frívolos y superficiales.

María: ¿Se acuerdan todo lo que despotricó contra mi cuento?

Rubén Grande: Dijo puras brutalidades.

Cassandra: Era un cuento premiado y la perla lo destruye.

Rubén Grande: Yo me voy a un lugar donde se escriba de verdad. Me voy con el viejo, dijo.

Cassandra: Es cierto que si se fue para allá se debió haber llevado a este otro. ¿A qué lo mandó para acá?

Rubén Grande: Puede que ya no haya cupo donde el viejo.

Rubén Chico: ¡No-no-no…! Esta es una forma de tenernos vigilados. Es pro-pro-probable que la misma Julia haya sido otra sapa más y como se fue, mandaron a éste a hacer su pega.

Rubén Grande: No seas peliculero, dear. ¿Por qué harían eso?

Rubén Chico: Sa-sa-saben el material que hay aquí, saben que no estamos hueveando.

Cassandra: Es cierto, la Marita estuvo comiendo con Borges, ¿ustedes creen que alguno de esos picantes del taller de Donoso se ha sentado a la mesa con alguien de la estatura de Borges?

Rubén Grande: Never.

Rubén Chico: Po-po-por eso quieren saber qué es lo que hacemos acá, cómo lo hacemos, hacía dónde estamos tra-tra-trabajando. E-e-ellos saben que La Gran Novela chilena se está escribiendo a-a-aquí.

Cassandra: ¿Y qué hacemos con este gallo entonces?

Rubén Chico: Habría que decirle que-que-que se vaya, que no hay cupo, que estamos saturados.

Rubén Grande: No, Rubén. Lo mejor es que se quede. Así lo vigilamos.

Cassandra: Además no está nada de peor, harto regio el tonto…

Rubén Grande: Cómo sabes si esconde una como la de Rasputín.

Cassandra y Rubén Grande ríen.

María: Entonces, ¿entiendo que lo aceptamos?

Rubén Grande: Obvio.

María se acerca al citófono y lo descuelga.

María: Aló, Giorgio, recién bajó un joven… (…) Sí, él. (…) No, Giorgio, muchas gracias. No queremos pasta, ya comimos acá. (…) No, Giorgio, muchas gracias, los niños también comieron. (…) No, Giorgio, muchas gracias, nadie aquí quiere pasta (…) No, Giorgio, no es nada personal contigo, es que no tenemos hambre. Estuvimos picoteando unas cositas y… (…) El pesto me hace mal, Giorgio, me prende, ya te lo he dicho. (…) ¡No quiero tus tallarines! ¡Déjame tranquila, por la cresta, y dile a ese joven que suba!

María cuelga el citófono con fuerza. Está realmente molesta. Rubén Grande se le acerca y la contiene.

María: ¡Italianos de mierda!

Rubén Grande: Tranquila, darling.

María: Todo el día cocinando sus porquerías, pelando cebollas, moliendo ajos, friendo pimientos.... ¿Ustedes saben lo que es comer fideos día y noche durante meses? Tengo a mis hijos como un par de bolas de grasa por culpa de estos italianos. Ustedes vieran cómo comen, Dios mío. No saben sentarse a una mesa, no tienen modales. Desparraman la comida, hablan con la boca llena, ensucian la mesa, el suelo, todo. Y el perfume que ocupan. Un asco, realmente un asco.

Cassandra: Ten paciencia, Marita.

María: Discúlpenme, chiquillos. Ustedes saben que no me gusta mezclarlos con los problemas de esta casa, pero es que a veces no doy más con esta gente.

Cassandra: Pobrecita, por eso terminas trabajando en el water.

Rubén Chico: ¿Y qué ha-ha-hacen acá estos italianos?

María: Están de intercambio, son invitados del Tomy, por eso tenemos que recibirlos.

Rubén Chico: ¿I-i-intercambio de qué? ¿Están estudiando?

María: Sí, más o menos.

Rubén Chico: ¿Y qué estu-tu-tudian?

María: Negocios…

Rubén Chico: ¿Qué-qué-qué tipo de negocios?

María: No sé, no he visto su malla curricular.

Cassandra: ¿No se pueden ir a un hotel?

María: Los jefes del Tomy le pidieron que los alojáramos, así es que sonamos. Donde manda capitán no manda marinero.

Cassandra: Qué frescos, como esta casa es grande y ustedes tienen de todo. Cocinera, choferes, nanas, secretaria, cuidadores, jardineros…

Rubén Chico: ¿Y quiénes son los je-je-fes del Tomy?

María: ¿Para qué te voy a dar nombres si no los conoces?

Rubén Grande: ¿Y hasta cuándo se quedan estos italianos, dear?

María: Hasta que terminen sus negocios con el Tomy.

Rubén Chico: ¿Pero no esta-ta-taban estudiando?

María: Bueno, hasta que terminen sus estudios y sus negocios con el Tomy.

Rubén Chico: ¿Y-y-y qué-qué negocios son esos?

Silencio. María mira a Rubén Chico sin responder. Todos esperan la respuesta, pero Mauricio llega a interrumpir la situación.

Mauricio: Permiso, los señores italianos me dijeron que subiera.

María: Sí, claro, lindo. Pasa nomás.

Mauricio se integra al grupo.

Mauricio: ¿Y…? ¿Tomaron una decisión?

Rubén Grande: Yo supongo que la Julia te habrá contado cómo se trabaja acá. Ella se fue medio enojada, pero si te mandó con nosotros es porque sabe que aquí hacemos un trabajo serio.

Mauricio: Por supuesto.

Rubén Chico: Yo-yo-yo no sé si ella te lo comentó, pero la María estuvo comiendo con Borges… ¿te das cuenta?

María: ¿Tú sabes quién es Borges?

Mauricio: Sí, claro.

María: Eso te puede dar una idea de la seriedad de nuestro proyecto.

Rubén Chico: Aquí hay gente pre-pre-premiada en concursos importantes.

Cassandra: La Marita se ganó el concurso de cuentos del Mercurio con un cuento precioso.

Rubén Chico: ¿Lo leíste?

Mauricio: No.

Silencio. Todos se miran muy sorprendidos con la respuesta.

María: El diario lo publicó en su momento.

Cassandra: Fue algo importante, me extraña que no lo hayas leído.

María: Te contamos esto para que te hagas una idea de dónde te estás metiendo.

Rubén Chico: Ya-ya-ya llegar acá a Lo Curro es una dificultad. El que viene tiene que traspasar esa barrera como primera cosa.

Rubén Grande: Después, la calidad de tu proyecto es lo que va a definir tu permanencia, dear.

Mauricio: ¿Proyecto?

María: Todo escritor debe tener su proyecto literario.

Cassandra: Tú lo tienes, ¿no es cierto? O si no, no habrías venido a hacernos perder el tiempo.

Mauricio: Sí, claro. Yo tengo una idea.

Silencio. Todos se miran con simpatía.

María: ¿Una idea? ¿Nos podrías contar sobre esa "idea"?

Mauricio: Sí, claro. Yo quiero escribir una novela histórica.

Rubén Grande: Nice! ¿Y sobre qué época?

Mauricio: Año 1974.

Cassandra: Demasiado reciente. No sé si de para "histórico". ¿Qué dicen ustedes?

Mauricio: Quiero trabajar con el atentado al General Carlos Prats. ¿Lo ubican?

Silencio. Todos miran a Mauricio algo impactados.

María: *(Seria)* Por supuesto, el ministro de Allende, el que murió en Buenos Aires.

Mauricio: Al que "mataron" en Buenos Aires.

Silencio. Todos se miran un momento otra vez. La aclaración de Mauricio los perturba.

Cassandra: ¿Sería una novela política? Tú sabes que no está el horno para bollos.

María: Pero aquí no hay censura, cada uno escribe lo que quiere. ¿Y de qué iría

tu novela sobre el General Prats, lindo?

Mauricio se acomoda. La idea de contar su proyecto lo entusiasma.

Mauricio: Todo partiría en Buenos Aires, en el departamento de Palermo donde el General Prats estaba viviendo con su señora Sofía, arrancando de los militares chilenos.

Cassandra: Por algo arrancaba, nadie se manda a cambiar si tiene la conciencia limpia.

María: No lo interrumpas, Cassandra.

Mauricio: La primera escena comienza con una llamada telefónica. Es muy temprano en la mañana. Todo está silencioso en el departamento. El General y doña Sofía duermen en su cama tranquilos, como todas las mañanas. De repente: ring, ring, ring. Doña Sofía se despierta sobresaltada. Las llamadas a esa hora le dan miedo, puede ser una desgracia, no se atreve a responder. Ring, ring, ring. "Carlos, Carlos, el teléfono, contesta tú". Ring, ring, ring. El General es bueno para la pestaña, le cuesta abrir los ojos, pero doña Sofía lo sacude y el General termina agarrando el aparato. "Aló, buenos días", dice. Del otro lado escucha una respiración macabra. *(La imita)* Después le habla un hombre con un acento gringo. "Buenos días, concha de tu madre. ¿Estabai durmiendo rica? Olvídate de eso porque los dulces sueños se acabaron. ¿Se quieren ir a Brasil, el par de pelotudos? ¿Se quieren ir a Europa? Ni cagando los vamos a dejar. No se nos arrancan más. A donde vayan ahí estaremos. Somos su peor pesadilla". Tuuuuu. Del otro lado cortan sin que el General alcance a decir nada.

Cassandra: Qué miedo…

Rubén Grande: Es un thriller.

Mauricio: Sería como una novela policial, de espías, de suspenso.

Rubén Grande: *Very interesting, dear.* ¿Y Prats sería el protagonista?

Mauricio: Él, su señora y su asistente.

Cassandra: ¿Tenía un asistente?

Mauricio: Es un asistente de mentira. Un personaje de ficción. Él sería el que

cuenta la historia.

María: ¿Y cómo sería ese narrador?

Mauricio: Un hombre de mi edad, que trabaja con el General desde los tiempos en que era ministro del interior del presidente Allende. Le lleva algunas cuentas, le prepara cafecito, le hace algunas compras.

Rubén Chico: Co-co-como un junior.

Mauricio: Como un secretario. La historia seguiría con un sueño que tiene este hombre, el asistente. Es un sueño premonitorio. Ve el atentado. Ve la explosión del auto del General Prats en plena calle de Palermo. El fuego, los vidrios rotos…

Cassandra: ¡Cómo Rasputín! ¿Tú sabes que Rasputín vio la Revolución Rusa antes de que pasara?

María: ¿Y cómo sería ese sueño?

Mauricio: Como si estuviera pasando realmente. El lector debiera leerlo pensando que es verdad, no un sueño. Partiría con doña Sofía tratando de convencer al General para que salgan a dar una vuelta. "Carlos, salgamos un poco, hemos estado encerrados acá semanas enteras, nos estamos volviendo locos, no podemos caer en su trampa, distraigámonos un rato, vamos a dar una vuelta, vamos a comer a un restorante italiano, que aquí hay tantos y tan ricos, unos ñoquis, unos ravioles, unos spaghetti más que sea". Pero el General no quiere ir a comer pastas, dice que desconfía de los italianos, a estas alturas cree que todos los italianos son unos fascistas cómplices de los militares chilenos. Y entonces doña Sofía insiste. "Entonces vamos a una parrillada, nos comemos un bife, nos tomamos un vinito, nos sacamos tod *o* este estrés de la cabeza por un rato". Y el General acepta y salen y tienen una cena preciosa, muy romántica, muy linda, y comen carne y toman vino y hacen planes y piensan en el futuro, en irse a Brasil, en esconderse en Europa, en reunirse con sus hijas, en ver a los nietos, en pasar las pascuas y los dieciocho todos juntos.

Cassandra: Qué pena. Es como una despedida, pero ellos no lo saben.

Mauricio: Después de la comida llegarían a su edificio en el auto y se detendrían frente al portón del garage. *Tic, tac. Tic, tac. Tic, Tac. 10. El*

General no apagaría el motor. Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac. 9. Antes de bajarse a abrir, no sabría bien por qué, le daría un beso a doña Sofía. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. 8. “Tenías razón, Sofía. Estuvo bueno salir un rato. Me siento mucho mejor, estoy seguro que las cosas van a resultar bien”. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. 7. Doña Sofía no dice nada. Sólo sonríe y lo mira bajarse del auto. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. 6. El General deja la puerta del conductor abierta y doña Sofía alcanza a ver un auto estacionado al frente. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. 5. Nunca antes lo había visto en el barrio. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. 4. Unas personas los espían desde el interior.

María: ¿Cuántas?

Mauricio: Dos. Un hombre sentado al volante y una mujer en el asiento del copiloto. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. 3. Pero doña Sofía no alcanza a pensar mucho en lo que ha visto, no adivina nada, no advierte. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. 2. Apenas alcanza a preguntarse quiénes serán esas personas cuando… tic, tac, tic, tac, tic, tac. 1, 0. Pugggg. El auto explota. Los vidrios salen disparados, las llamas comienzan a consumirlo todo. Los cuerpos de doña Sofía y del General quedan tirados en el piso.

Cassandra: ¡Qué pena más grande! ¿Y las hijas? ¿Y los nietos? ¿Y el viaje a Europa?

Mauricio niega con la cabeza.

María: ¿Tú crees que fue así el atentado?

Mauricio se encoje de hombros.

Rubén Grande: Bueno es una novela, no un documental.

Cassandra: Dicen que fueron unos narcotraficantes los que pusieron esa bomba, parece que el General le hacía a la cocaína.

Rubén Chico: ¿De-de-de dónde sacaste esa bu-bu-burrada?

Cassandra: Es una de las teorías que corren.

María: *(A Mauricio)* Pero en tu historia esa escena es el sueño premonitorio, ¿no?

Mauricio: Sí, el asistente se despierta todo alterado y mojado de sudor y lo

primero que hace es advertírselo al General: “General, usted no sabe lo que soñé anoche”. Pero el General está más preocupado de sacar pasaporte para irse a Brasil o a Europa o a cualquier lugar lejano donde los militares chilenos no lo descubran. Teme por su vida, pero los sueños de su asistente le parecen un poco cuáticos, el pobre no se imagina que le puedan hacer algo tan peliculero.

Rubén Grande: ¿Entonces…?

Mauricio: Llega la noche terrible.

Cassandra: ¿Y…?

Mauricio: Ahí tengo que ver cómo lo hago… La idea es contar esa última noche del General Prats, pero con la perspectiva que tenemos ahora. Esas imágenes del futuro con las que sueña el asistente son las imágenes que yo tengo aquí *(Indica su cabeza)* y que nadie conocía ese día.

María: O sea que el asistente eres tú.

Mauricio: Es la parte mía que sabe todo y que quiere advertírselo al General allá en el pasado.

María: ¿Para qué?

Mauricio: Para… salvarlo.

Silencio. Todos observan a Mauricio un momento.

Cassandra: ¡Qué choro! A mí me gusta.

Rubén Grande: Me too.

Rubén Chico: Es arriesgado, pe-pe-pero es interesante.

Rubén Grande: Prats nunca fue santo de mi devoción, yo no lo salvaría, pero cada uno hace lo que quiere en las novelas.

Cassandra: ¿Por qué no le pones Rasputín al asistente?

Mauricio no responde.

Cassandra: A mí me gusta eso de que el escritor sea como un visionario, como

un adivino de lo que ya pasó. Si nos pusiéramos a escribir novelas históricas podríamos cambiar todo. La Historia de Chile sería otra cosa.

María observa a Mauricio.

María: ¿Eso quieres tú, Mauricio? ¿Cambiar la Historia?

Mauricio: Yo sólo quiero escribir un libro.



Capítulo 3:
Una historia rusa

Cassandra se encuentra sentada en el water del baño de la casa.

Cassandra: La historia que estoy trabajando es una historia erótica. Pasa en Rusia, a comienzos del siglo pasado. Sus protagonistas son la Zarina Alexandra Fiodorovna Romanova y Grigori Yefimovich Rasputín, más conocido como Rasputín. Ellos se conocieron en el palacio, un día terrible en que la Zarina estaba desesperada porque su chicoco hemofílico había tenido un accidente y sangraba y sangraba y ninguno de los mejores doctores de toda Rusia había podido hacer nada. Una amiga de la Zarina, que la vio tan mal, le dijo, "oye Alexandra Fiodorovna Romanova, yo conozco a un brujo que es capaz de sanar a los que no tienen sanación". Y así llegó Grigori Yefimovich al Palacio de los Zares. La Zarina lo vio y casi se cayó de espalda. Un hombre grande, de pelo largo, con unos ojos azules preciosos que te miraban y te dejaban en otro planeta. Rasputín se acercó a la cama del niño, se arrodilló a su lado y rezó y rezó y rezó e hizo unas marigüanzas y dijo unas palabras como en otro idioma y de repente el chicoquito dejó de sangrar como por arte de magia. La Zarina no podía más de felicidad y de agradecimiento. Una que es mamá sabe de esas cosas, cuando alguien tiene un gesto así con un hijo de uno, uno como que se trastorna. Y eso le pasó a Alexandra Fiodorovna. Ella se resistió, pero no pudo con sus impulsos. Este hombre la volvió como loca. Además, Grigori era tan educado con ella, tan galante, tan dispuesto a escucharla. La Zarina además estaba bien botada porque el Zar era muy acontecido. Que la guerra mundial, que las protestas en el campo, que la falta de alimento. Y así partió este romance tórrido entre ella y Grigori, escondidos en los pasillos secretos del Palacio de los Zares.

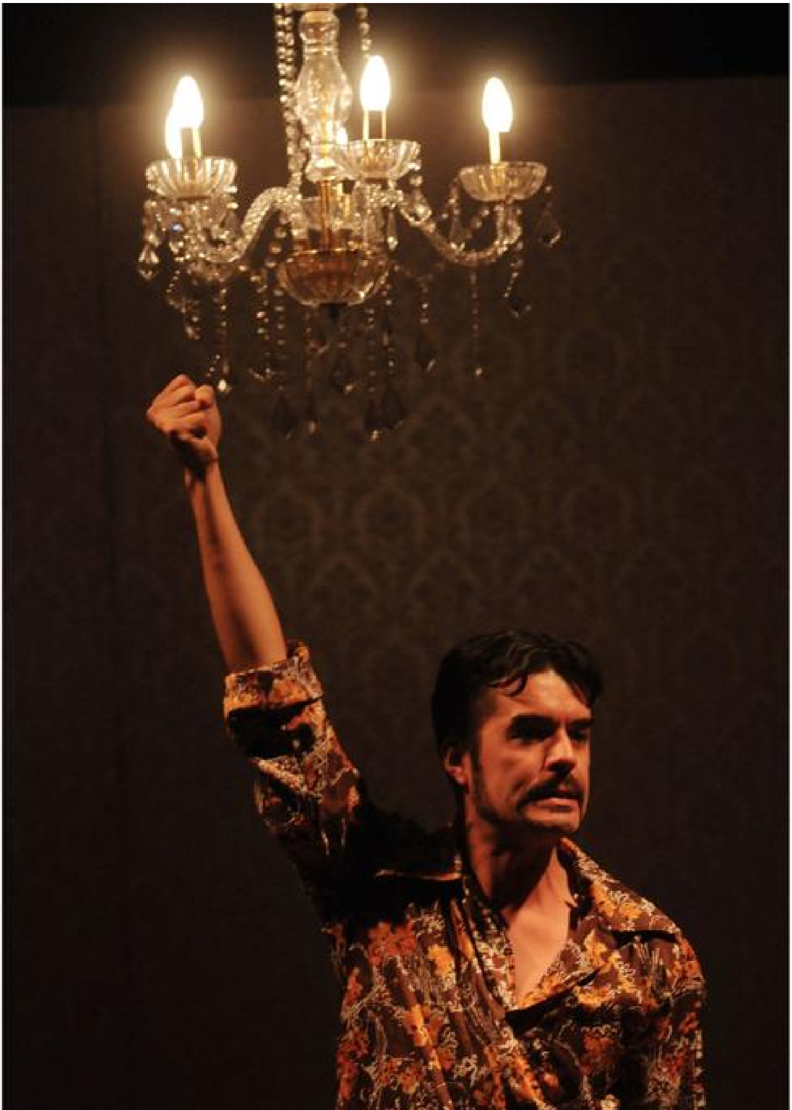
Al principio la gente en Rusia como que no se daba cuenta de esta relación. Los guardias, los nobles, los hijos de los Zares, nadie decía nada. Pero es raro que no se hayan dado cuenta si las cosas pasaban ahí, en el palacio, enfrente de todos, del mismo Zar, incluso. Eran bien ciegos los rusos parece. La cosa es que así pasaron sus buenos años amándose en secreto hasta que finalmente estalló la Primera Guerra y el Zar partió con el ejército al campo de batalla. Ahí la Zarina y Grigori se quedaron solos, prácticamente a cargo de la gran Rusia, viviendo su amor en plenitud.

La escena que mejor veo, y que más quiero contar, es una escena erótica. Ocurre en plena cama de la Zarina Alexandra Fiodorovna, en el lecho más importante de Rusia.

Es de noche, tarde, tres de la mañana, ponte tú. Han hecho el amor unas cinco veces y ahora duermen desnudos entre las sábanas. En realidad el que duerme es Grigori, porque la Zarina está con los ojos bien abiertos mirando ese cuerpo enorme y blanco, con ese miembro tan impactante. Pero mientras se solaza con esta visión maravillosa, celestial, Grigori comienza a hablar entre sueños y a mover su cabeza. "No", dice. "No… No puede ser… no puede ser". La Zarina ya está acostumbrada a los sueños de su amante y sabe qué hacer en estos casos. "Greg", así le dice ella. "Greg, despierta, mi amor". Y entonces él abre esos ojos azules maravillosos y la mira entremedio de su larga cabellera. "Otra vez estás soñando, Greg. Son tus pesadillas. ¿Qué viste ahora en sueños?" Y Grigori se queda en silencio un rato. ¿Cómo le va a decir lo que acaba de ver en sus sueños? ¿Cómo le va a contar que la Rusia completa va a caer en una guerra civil inevitable y que ella y toda su familia saldrán de ese palacio para ser fusilados en algún rincón de la Siberia? "Greg, contéstame. ¿Fue otro sueño premonitorio?". Y él suspira, se limpia el sudor del rostro, se corre el pelo húmedo y le dice que no. "No fue un sueño premonitorio, Alexandra. Fue sólo una pesadilla." Y la Zarina que lo conoce bien y que sabe cuando Greg le toma el pelo, no queda muy convencida con su respuesta. "¿Cómo puedes saber cuál es la diferencia entre un sueño premonitorio y una pesadilla? ¿Son de colores distintos? ¿Tienen olores diferentes? ¿Qué clase de magia ocupas, Grigori Yefimovich, para distinguir un sueño común de uno premonitorio?"

La Zarina se anduvo choriando, Grigori se da cuenta, no es nada de tonto. Entonces le toma una de sus pequeñas manos y le habla con calma mientras se la acaricia. "Yo no soy un mago, ya te lo he dicho, Alexandra. Yo sólo veo lo que ocurre frente a mí y me detengo a sacar conclusiones. Por ejemplo, en cuanto entré a este palacio y te conocí, pude ver cómo me mirabas y supe que algún día estaríamos así, desnudos en tu cama, sin posibilidad de separarnos más. ¿Tú no viste esta escena en mis ojos también?" La Zarina lo piensa un momento y aunque le parece tremendamente romántico lo que él le acaba de decir, ella no puede responder lo mismo. "Mira, la verdad es que esa vez yo estaba muy nerviosa porque mi hijo se desangraba, no tuve cabeza para ponerme a elucubrar historias románticas". "Ese es el problema, Alexandra Fiodorovna. Ya nadie tiene cabeza para interpretar nada. Nadie ve, nadie

escucha lo que tiene en frente. Ese es el truco para ver el futuro. Está al alcance de todos, pero nadie lo ocupa”. La Zarina mira un momento a Grigori conmovida. Las palabras de su amante siempre la descolocan un poco. Como respuesta a su reflexión posa su pequeña mano en su gran miembro durmiente, y aunque Greg está perturbado por lo que soñó y completamente desconcentrado como para penetrarla por sexta vez, pone todo de su parte porque sabe que ésta es una despedida. Lo acaba de ver en ese sueño tortuoso. No se lo dirá a Alexandra Fiodorovna. ¿Para qué? Las cartas ya están echadas, es cosa de leer el devenir de los acontecimientos, cualquiera lo vería si quisiera. Pero ante el horror del futuro es mejor mantenerse ciego. En unos meses más el pequeño cuerpo de la Zarina será fusilado y cercenado. Será quemado con ácido sulfúrico para luego ser enterrado en una fosa en la que se mantendrá perdido por años en algún rincón de la Siberia. Pero esa noche, por lo menos esa noche, así lo piensa Grigori Yefimovich, si de él depende, ese pequeño y delicado cuerpecito, ese blanco e ignorante cuerpecito, será feliz por una última vez.



Capítulo 4:
Washington D.C.

Los talleristas se encuentran nuevamente reunidos. María enseña diapositivas de un viaje a Washington. Mauricio no ha llegado a la sesión del taller.

María: Yo iba bien choriada, te voy a decir, porque ya nos habían revisado enteros como si hubiéramos sido ladrones o traficantes, o qué se yo. Pero cuando ya pasamos todos los guardias y entramos con el Tomy por ese portón inmenso, a mí casi se me cae el pelo. La Casa Blanca es un verdadero palacio. Enorme, precioso, todo limpio, ordenado, el parquet brillante, unas alfombras maravillosas, unas cortinas impresionantes, unas lámparas de lágrimas que deben tener unos cien años o más…

Cassandra: Como el Palacio de los Zares.

Rubén Grande: ¿Estuviste en las estancias del Presidente Carter?

María: No, eso es completamente privado. La familia del presidente está aparte de las oficinas y de todo eso. *(Enseña otra diapositiva)* Miren, ésta me la sacó el Tomy en los jardines. Miren qué maravilla.

Cassandra: ¿Es verdad que hay ardillas?

María: Sí, son tan tiernas. Se acercan para que les des comida.

Rubén Chico: ¿Y cua-cua-cualquiera puede entrar a la Casa Blanca?

María: ¡No, pues! La entrada está tremendamente restringida. Ya te dije, te revisa un guardia, te revisa otro, te dan vuelta la cartera, te piden el carnet.

Rubén Grande: Piensa tú que es el Palacio de Gobierno de la nación más importante del mundo.

Rubén Chico: Entonces, ¿có-có-cómo entraste con el Tomy?

María: Lo que pasa es que como el Tomy tiene negocios con los gringos, nos hicieron una visita guiada.

Rubén Chico: ¿Y no-no-no era con los italianos que tenía negocios el Tomy?

María: Son negocios internacionales, Rubencito, con muchos países. Con los italianos, con los gringos…

Rubén Grande: ¿Y qué negocios tiene el Tomy con los gringos, dear?

Silencio. Todos esperan la respuesta. María mira a Rubén sin responder. El teléfono suena en el taller interrumpiendo la conversación. María se acerca rápidamente a contestar.

María: *¿Aló ? (…) Tomy, dear. How are you?* (…) Mi amor, no te escucho, habla más fuerte.

Cassandra: ¿Es el Tomy?

María asiente.

María: Es que se oye con eco. ¿Todo bien por allá? (…) ¿Los niños? Los niños están regio, pero ya están acostados, yo les mando tus besos. (…) ¿Ahora? (…) Mi amor, estoy en sesión de taller. (…) Es que tú sabes que no me gusta mezclar las cosas… (…) (Habla más fuerte) Te digo que no me gusta mezclar las cosas. (…) ¿Por qué no lo llamas tú? (…) Bueno insiste, te tendrá que contestar. (…) ¿Y por qué no le pides a los italianos que le avisen? (…) Bueno, si son unos ineptos ¡para qué los tenemos! (…) *(Habla más fuerte)* Que si son unos ineptos para qué los tenemos. (…) Está bien, está bien, yo lo llamo. Después hablamos.

María corta.

María: Chiquillos perdonen, pero voy a tener que hacer una llamada cortita.

Rubén Grande: Yo no sé por qué no te quedaste más rato con el Tomy allá en Washigton.

María: Estás loco, no quería perderme otra sesión del taller.

María marca un número.

María: Aló, buenas noches. (…) Sí, usted habla con la María. (…) Sí, llegué muy bien, lo pasamos estupendo. (…) Una maravilla la Casa Blanca. Y el Memorial de Lincoln, yo casi me morí. ¿Usted lo conoce? (…) Sí, otra cosa… otra cosa. (…) Justamente de eso quería hablarle. Tomy dice que está todo okey. (…) Sí, hace un rato, no tengo precisión de cuánto rato. Unas horas

parece. (…) No, ningún problema al parecer. (…) Yo cumplo con avisarle. (…) Por supuesto, hasta luego.

María corta.

María: Perdonen, chiquillos. Un cachito que me dejó el Tomy. Pero partamos nomás, ya los distraje mucho con mi viaje.

Rubén Grande: ¿No esperamos a Mauricio?

Rubén Chico: ¿I-i-irá a venir?

María: ¿No ha venido?

Cassandra: Desde que te fuiste nunca más apareció.

María: Yo les voy a contar algo para que ustedes vean que este tipo se las trae. Allá en el viaje, por casualidad, me topé con una mujer que conocía a la Julia Ilabaca. Una prima creo.

Cassandra: ¿Y sabía algo de ella?

María: Ella me contó que la Julia definitivamente no está acá en Santiago hace un buen rato. Creen que partió de viaje sin avisarle a nadie, tú sabes que es medio estrambótica ella.

Rubén Chico: Pe-pe-pero cómo no le iba a avisar a nadie.

María: Parece que no es la primera vez que se manda a cambiar así.

Cassandra: Entonces si la Julia no está en Santiago, ¿cómo le recomendó el taller a Mauricio?

María: Eso es lo que pensé yo.

Rubén Chico: E-e-eso confirma mi teoría. Este gallo inventó lo de la Julia para venir a meterse aquí. E-e-es un infiltrado del taller de Donoso.

Golpean a la puerta. María abre y del otro lado aparece Mauricio. Parece bastante afectado. El rostro desencajado. Todos lo miran con desconfianza.

María: Marcelo…

Rubén Grande: ¡Volviste, dear! Pensamos que nos habías olvidado.

Cassandra: Pero mírate la cara, niño…

Mauricio: ¿Escucharon la noticia? Venía en el auto y de repente dieron un extra terrible en la radio.

Cassandra: *(Nerviosa)* ¿Qué pasó?

Mauricio: Acaban de matar a don Orlando Letelier.

Rubén Chico: *(Sorprendido)* ¿Al mi-mi-ministro de Allende?

Mauricio: Explotó su auto en una calle de Washington.

Cassandra: ¿En Washington? *(A María)* ¿El Tomy no te dijo nada recién?

Mauricio: ¿Tu marido está en Washington?

María: Pero no debe tener idea o si no me lo habría comentado.

Mauricio: Don Orlando iba con su asistente. Los dos murieron.

Cassandra: ¡Qué horror! Debe haber sido un atentado.

Rubén Chico: Po-po-por supuesto que fue un atentado, si los autos no andan explotando solos.

Cassandra: ¡Los narcos! ¡Otra vez los narcos! Esto me suena a ajuste de cuentas.

Rubén Chico: *(A Mauricio)* ¿Qué más se sabía?

Mauricio: Nada más, si esto pasó hace poco. No hay claridad de nada.

Rubén Chico: ¿Po-po-por qué no ponemos la radio?

María: Chiquillos lindos, no quiero ser mala onda, pero si nos ponemos a escuchar las noticias no vamos a trabajar nada.

Cassandra: Es cierto, además yo no quiero escuchar calamidades. ¿Para qué?

Rubén Grande: Yo hace ratito que no veo noticias. No aportan para nada al trabajo literario. ¿Démosle mejor?

Los talleristas se instalan para comenzar la sesión. Toman sus manuscritos.

Mauricio: Perdónenme, pero yo estoy un poco tomado con la noticia, no creo que pueda participar del taller.

Cassandra: No seas leso, Mauricio. Todos los días muere gente en el mundo. No podemos afectarnos por noticias como ésta.

María: La verdad es que no debiéramos afectarnos por nada.

Rubén Grande: Terminaríamos completamente locos y no escribiríamos.

Cassandra acomoda a Mauricio junto a ella.

María: ¿Por qué no habías venido, lindo?

Mauricio: Tuve unos problemas.

María: ¿Qué problemas?

Mauricio: *(Perturbado)* Recibí unas llamadas telefónicas medias raras.

María: ¿Cómo raras?

Mauricio: Llamadas anónimas que me decían que me fuera a la chucha, que me iban a sacar la cresta.

Todos lo miran sorprendidos.

Cassandra: ¡No puede ser! Tienes que hacer una denuncia a carabineros.

Rubén Grande: Es como en tu cuento sobre el General Prats.

Mauricio: Es exactamente igual. Yo contesto y lo primero que escucho es una respiración medio macabra. Después la voz de un gringo empieza a echarme chuchadas.

Cassandra: ¿De un gringo?

Mauricio: *(Imita el acento)* Te voy a volar la raja conchadetumadre. Ándate a la misma chucha, no te metas en huevadas.

María: ¿Y estás seguro que esas llamadas son reales, Marcelo?

Mauricio: Mauricio.

María: ¿Estás seguro, Mauricio? ¿No te las estarás inventando?

Mauricio: ¿Cómo voy a inventar una cosa así?

María: Todos acá somos escritores, sabemos lo que es estar con una pata en la realidad y la otra en la ficción. ¿Cierto chiquillos? Cualquiera se confunde.

Cassandra: Es verdad lo que dice la Marita. A veces uno pasa tanto rato imaginando una historia, así como tú con la del atentado al General Prats, que después la cabeza se va en volada y pasan estas cosas. Todo se mezcla aquí dentro.

Mauricio: Las llamadas son reales, no me estoy pasando películas.

María: ¿Pero por qué te llamarían para amenazarte?

Cassandra: Y un gringo más encima.

Mauricio: No sé. De verdad que no sé. Pero me da miedo que me pase algo así como al General Prats o a don Orlando Letelier.

Todos se miran preocupados.

Cassandra: Mira, tómate este pisquito sour. Cálmate y quédate aquí con nosotros.

(Coqueta) Cuando terminemos nos vamos juntos, yo te acompaño, así no te de miedo, ¿ya?

Mauricio asiente. Todos se acomodan para partir.

Rubén Grande: Y aprovechando que tenemos este pisco sour aquí, yo quiero hacer un brindis antes de partir la sesión. Quiero brindar por nuestra anfitriona, que llegó tan bien de su viaje a Washington, que nos trajo cosas tan lindas y que viene con las energías renovadas.

Cassandra: ¡Sí! Aprovechamos de agradecer tu generosidad, tu hospitalidad y tu cariño, Marita.

Rubén Grande: ¡Cheers!

Todos brindan.

María: Muchas gracias, chiquillos. Pero no le quitemos más el poto a la jeringa. ¿Quién leía hoy?

Cassandra: Rubén Grande.

Rubén Grande: Ya les había contado que quería trabajar un material nuevo.

Cassandra: ¿Y sobre qué sería?

Rubén Grande: Es una novela de época. Quiero trabajar con un personaje histórico.

Cassandra: ¿Quién?

Rubén Grande: Grigori Yefimovich Rasputín, más conocido como el Monje Loco.

Todos lo miran sorprendidos.

Cassandra: ¿Me estás hueveando?

Rubén Grande: No.

Cassandra: Tú sabes que mi novela erótica va de la historia de Rasputín y la Zarina Alexandra Fiodorovna.

Rubén Grande: Sí, pero la mía sería nada que ver.

Cassandra: No puedes trabajar con Rasputín.

Rubén Grande: ¿Por qué no?

Cassandra: Porque yo ya estoy trabajando con él.

Rubén Grande: Los personajes no tienen dueño.

María: Eso es cierto.

Cassandra: De las diez novelas que se escriben al año en este país, ¿dos van a tener a Rasputín de protagonista?

Rubén Chico: E-e-es raro…

Rubén Grande: ¿Y cuál es el problema?

Cassandra: Habiendo tanto personaje en la Historia Universal, ¿por qué no haces algo con Napoleón? ¿O con Cleopatra? O ya, con Iván el terrible si te gustan los rusos, pero no me toques a Rasputín.

Rubén Grande: Yo he estado investigando mucho y lo que quiero hacer es contar la verdadera historia de Rasputín.

Cassandra: ¿Y cuál es la "verdadera historia de Rasputín"?

Rubén Grande: Odiaba a las mujeres en la cama. Era homosexual.

Cassandra: ¡Ah, no! Te estás pasando de la raya. María, Rubencito, díganle algo…

Rubén Grande: ¿Qué pasa? ¿Ahora resulta que no pueden haber personajes homosexuales?

Cassandra: No se trata de eso.

Rubén Grande: ¿Y de qué se trata entonces?

Cassandra: ¡Por favor! Rasputín era un mujeriego, cómo iba a ser cola.

Rubén Grande: ¿Cola? Por favor, "homosexual" y la boca te queda donde mismo.

Cassandra: Tenía miles de amantes, sanaba a las mujeres con sexo. ¡Cómo las iba a odiar!

Rubén Grande: El problema es que eres una homofóbica, igual que todos.

María: Rubén, aquí nadie es homofóbico.

Rubén Chico: E-e-eso no-no-no es cierto.

María: ¡Rubencito!

Rubén Chico: No. Yo no-no-no soporto a los maricones.

Rubén Grande: ¿Ves? Nos estamos sacando las caretas. Aquí se hacen los choritos, los liberales, los relajados, pero en cuanto les tocan a Rasputín queda

la cagada, ¿no?

Cassandra: Cómo quieres que no quede la cagada si estoy trabajando una novela sobre el amor entre él y la Zarina y tú me sales con que vas a escribir sobre la homosexualidad de mi personaje. O sea, estás trabajando en mi contra, me quieres cagar.

Rubén Grande: Eres tú la que me quieres cagar a mí. Esto es censura.

María: Aquí nadie censura a nadie.

Rubén Grande: ¡Entonces déjame escribir sobre la homosexualidad de Rasputín!

Rubén Chico: ¡Qui-qui-quién va a querer leer esas cochinadas!

Rubén Grande: ¿Y tú crees que alguien quiere leer las chulerías que tú escribes?

Rubén Chico: ¡Qué-qué-qué estás diciendo!

María: Rubenes, por favor…

Rubén Grande: Yo me tengo que mamar todas las semanas tus historias de mierda, de gente ordinaria y arribista que lo único que quiere es hacerse un hueco en la socialité, sarta de chulerías aburridas y poco interesantes, y yo no puedo escribir sobre la pirula de Rasputín.

Cassandra: ¿Vas a escribir sobre eso?

Rubén Grande: ¡Obvio!

Cassandra: ¡No! ¡Te lo prohíbo!

Rubén Chico: Mi-mi-mis personajes no son arribistas. Es gente esforzada que busca surgir en la vida, dentro de una sociedad guiada por las apariencias y el qué dirán. Eso no es lo mismo que ser arribista.

María: Chiquillos, tranquilicémonos.

Cassandra: ¡Estás usando mis ideas! ¡Esto es un robo!

Rubén Grande: O sea que además de maricón soy ladrón, ¿eso me estás

diciendo?

Silencio.

Rubén Chico: *(Sorprendido)* ¿E-e-eres maricón?

María: Por favor, no llevemos la conversación para allá.

Rubén Chico: ¿E-e-eres maricón sí o no?

Rubén Grande: ¿Qué crees tú, conchadetumadre?

María: Chiquillos, paren.

Rubén Chico: *(Alarmado)* ¡Este huevón es ma-ma-maricón y no nos había dicho nada!

Rubén Grande: ¿Tengo que andar con un cartel acaso?

Cassandra: ¿De verdad eres maricón?

Rubén Grande: *(Colmado)* ¡Sí! Soy maraco, me gusta el pico. ¿Algún problema?

Rubén Chico: *(Impactado)* Yo me-me-me he cambiado de ropa contigo… he-he-hemos dormido en el mismo colchón, aquí en la pieza de al lado. ¡Si-si-si hasta he meado contigo, huevón!

Rubén Grande: Y no he visto nada que me entusiasme…

María: ¡Rubén!

Rubén Chico: Pero có-co-como nos escondes una cosa como ésta.

Rubén Grande: Yo no he escondido nada, pensé que ya lo sabían.

Cassandra: ¿Cómo íbamos a saberlo si no nos dices? ¿Crees que somos adivinos?

Rubén Grande: Llevamos años juntos. No entiendo cómo no se dieron cuenta.

Rubén Chico: No-no-nos mentiste, nos engañaste…

Rubén Grande: Ah, no… *(Tomando sus cosas)* María, yo llego hasta aquí

nomás.

María: Rubén, cálmate, conversemos.

Rubén Grande: No hay nada que conversar. Ya me quedó claro quiénes son realmente las personas que tengo a mi lado. Y si no me aceptan con mis historias…

Cassandra: Nadie está discriminando tus historias.

Rubén Chico: Te-te-te estamos discriminando a ti.

María: ¡Rubén!

Rubén Grande: La Julia Ilabaca tenía razón. Son todos unos pelotudos que no saben ver nada. Miren que no darse cuenta que soy homosexual. Son unos ciegos, eso es lo que son. Yo me voy al taller de Donoso. Estoy seguro que allá no voy a tener este tipo de problemas.

Rubén Grande abandona el taller dando un portazo. María lo sigue.

María: Rubén…

Silencio. Todos quedan en silencio por un momento. Al cabo de unos minutos Rubén Chico habla afectado.

Rubén Chico: No pue-pue-puedo creerlo. De verdad no… puedo creerlo. Estoy co-co- como en shock.

Mauricio: ¿De verdad no se habían dado cuenta?

Cassandra: ¡Cómo nos íbamos a dar cuenta!

Mauricio: ¿Ni una sospecha siquiera?

Cassandra: No, ni una. ¿Tú sí?

Mauricio se encoge de hombros. María aparece desde afuera.

María: Se fue, no hubo caso que me escuchara. Mandé a Giorgio a que lo acompañe, a esta hora lo pueden asaltar en el camino.

Rubén Chico: Va-va-va a estar feliz con Giorgio…

María: Rubencito, por favor.

Rubén Chico: E-e-es que llevamos años con él y nos sale con la mansa sorpresa. E-e-es completamente injusto. Me siento engañado, traicionado, engatusado, estafado, defraudado, vilipendiado, manipulado, ocupado…

María: Chiquillos, yo creo que deberíamos dejar la sesión hasta acá.

Cassandra: Es cierto. Ya ha sido suficiente por hoy.

Mauricio: Pero yo quiero comentar mi proyecto.

Rubén Chico: No-no-no es el momento, viejo, estamos todos en estado de shock con esta re-re-revelación del Rubén.

Mauricio: Es que quiero cambiar el que ya tenía y necesito opiniones antes de ponerme a trabajar.

María: ¿Qué quieres hacer ahora, lindo?

Mauricio: Quiero escribir sobre don Orlando Letelier.

Silencio. Todos se miran impactados.

Cassandra: ¿Y la novela histórica? ¿Y el General Prats?

Mauricio: Esa ya está lista, *(Indica la cabeza)* la tengo aquí.

María: Pero así no sirve, lindo, la cosa es escribirla.

Mauricio: Es que ésta nueva sí que la escribo. Todo pasaría en Washington, en el departamento en el que don Orlando vivía con su señora. La primera escena comienza con una llamada telefónica. Es muy temprano en la mañana. Todo está silencioso en el departamento. Don Orlando y su señora duermen en su cama tranquilos, como todas las mañanas. De repente: ring, ring, ring.

Rubén Chico: *(Interrumpe)* A ver, no-no-no, viejo. Pa-pa-para, para… estás contando lo mismo.

Mauricio: Es que es lo mismo. Un auto, una bomba, un ministro de Allende.

Cassandra: ¿Vas a escribir sobre todos los atentados a upelientos que hayan?

Rubén Chico: ¿Y-y-y siempre con llamada y asistente con sueños pre-pre-premonitorios y la cacha de la espada?

Mauricio: A lo mejor.

Rubén Chico: Don Orla-la-lando ya tenía una asistente y murió con él, tú-tú-tú mismo nos contaste. El asistente no puede tener sueños premonitorios ahora.

Mauricio: Pero yo podría cambiar eso.

Cassandra: Este cabro se nos está volviendo loco.

María: Marcelo…

Mauricio: Mauricio.

María: Mauricio, don Orlando y su asistente ya se subieron a ese auto.

Mauricio: No.

María: Sí, ya se subieron.

María lo toma de los hombros.

María: Mauricio, yo entiendo que la noticia te haya tomado por sorpresa. No sé qué vínculo tendrías tú con ese caballero, pero la cosa es que ya se murió. La bomba explotó. No puedes escribir nada que pueda salvarlo.

Mauricio: ¿Y tú, María?

María: Yo, ¿qué?

Mauricio: *(A María)* ¿Tú no escribes historias así? ¿Con autos que explotan y personas que accionan bombas a control remoto?

María lo mira sin responder.

Cassandra: *(Entusiasmada)* Sí, el cuento de la Marita que ganó en el Mercurio se trata de eso.

Rubén Chico: E-e-es buenísimo.

Cassandra y Rubén se entusiasman para narrarlo.

Cassandra: *(Entusiasmada)* Un hombre y una mujer tienen que accionar una bomba para matar a un tipo. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. Es de noche, tarde. Los dos están sentados en un auto. Probablemente han estado ahí mucho rato esperando que el tipo aparezca para que ellos puedan cumplir su misión. Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

Rubén Chico: *(Se entusiasma)* Mie-mie-mientras hacen hora fuman, conversan so-so-sobre ellos mismos, sobre las cuentas, so-so-sobre los hijos, sobre la casa en la que viven. Este hombre y esta mujer son un matrimonio.

Cassandra: Tic, tac, tic, tac, tic, tac. Él parece nervioso con lo que van a hacer, pero ella le dice que no se preocupe, que todo es necesario, que algún día La Historia se los agradecerá. Tic, tac, tic, tac, tic, tac. Él, agradecido por sus palabras, la besa apasionado. Es un beso largo que comienza a calentar los ánimos, y la mano de él suelta el aparato de control remoto accionador de bombas, para tocarle los pezones a ella.

Rubén Chico: *Tic, tac, tic, tac, tic, tac.* Son co-co-como Bonnie and Clyde, el crimen que co-co-cometerán los calienta, los excita. Y en eso están, pe-pe-pero mientras la pasión se desata en el interior del automóvil, otro auto dobla la esquina y se detiene justo frente a un edificio a me-me-media cuadra de donde están estacionados. Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

Cassandra: Llegó el momento. Con los pechos descubiertos, ella recoge el control remoto y lo toma entre sus manos.

Rubén Chico: E-e-el hombre del auto que recién llegó abre la puerta con el motor aún encendido y se baja para abrir un portón del garage sin darse cuenta que lo-lo-lo están observando.

Cassandra: Ahí comienza la cuenta regresiva. 5, 4, 3, 2, 1. ¡Ahora!, dice ella y a pecho desnudo aprieta el control.

Rubén Chico: Puggg. To-to-todo explota.

Cassandra: Los vidrios salen disparados, las llamas comienzan a consumirlo todo. El cuerpo del hombre queda desmembrado por la calle.

Silencio. Mauricio y María siguen mirándose.

Cassandra: ¡Qué buen cuento, Marita! Hay toda una analogía entre el acto

sexual y el acto criminal.

Rubén Chico: La-la-las descripciones son maravillosas, de una ve-ve-veracidad increíble.

Cassandra: Y el manejo del suspenso…

Rubén Chico: Yo po-po-por ese cuento es que estoy aquí. Cuando lo leí quedé loco. ¿Tú lo-lo-lo leíste, Mauricio?

Mauricio: *(Serio)* Sí.

María lo mira a los ojos.

María: ¿Quién eres, Mauricio? ¿A qué viniste para acá? ¿Quién te mandó?

Mauricio: La Julia Ilabaca.

María: Eso no es cierto. La Julia no está por ninguna parte, nadie sabe de ella.

Mauricio: ¿Ustedes tampoco?

Rubén Chico: ¿E-e-eres del taller de Donoso?

Mauricio: Apenas lo he leído a ese caballero. Nunca he estado en su taller.

María: ¿A qué viniste? Dímelo.

Mauricio: A que me ayuden a terminar un cuento.

Todos lo miran en silencio.



Capítulo 5:
El Monje Loco

Rubén Grande se encuentra sentado en el water del baño de la casa.

Rubén Grande: Grigori Yafimovich Rasputín era homosexual. Es un hecho. Si el Zar no se dio cuenta, si la misma Zarina no se dio cuenta, eso ya es otro tema. Cada uno ve lo que quiere ver. Cada uno acomoda las cosas a su pinta. Él no se lo dijo a nadie, guardó silencio, pero eso no quiere decir que haya escondido su condición sexual.

Rasputín llevaba un tiempo trabajando para la corte cuando la Zarina, que estaba feliz después de que él le paró la hemorragia a su hijo hemofílico, se le acercó para pedirle un favor. "Oye, Grigori", le dijo, "sabes que tenemos un primo cacho que vive con depre y no hay cómo sacarlo de ese estado. ¿Tú crees que puedas hacer algo por él?". Y así partió Rasputín al palacio donde se encontraba el príncipe Félix Yussopov. Desde chiquitito el príncipe había sido "raro", según sus padres. Retraído, tímido, malo para los deportes, con inclinaciones artísticas, con un gusto poco común por la lectura y la escritura. Cuando Grigori Yafimovich Rasputín llegó a la habitación donde se encontraba el príncipe, los ojos del joven parecieron iluminarse de inmediato. Imagínense lo que debe haber sido ver a ese hombrón de ojos azules, con el pelo negro, largo y salvaje. Rasputín pidió que los dejaran solos y sin tramitar más la cosa se desprendió de la túnica que llevaba puesta y quedó completamente desnudo frente al joven. Rasputín no dijo palabra. Sólo se metió a la cama con el príncipe y le hizo el amor dulcemente, con calma y suavidad, sin ninguna salvajada. Era la primera vez para Félix y eso Grigori Yafimovich lo sabía muy bien. Cuando ambos estuvieron completamente satisfechos, Rasputín besó los labios del joven príncipe, se vistió y abandonó la habitación del palacio. Esa misma noche se hizo una gran fiesta para celebrar el fin de la enfermedad espiritual de Félix Yussopov con Rasputín como invitado de honor. Así comenzó un largo y tórrido romance entre los dos.

La gente en Rusia como que no se daba cuenta de esta relación. Los guardias, los nobles, los padres del príncipe, nadie veía nada. Pero es raro que no se hayan dado cuenta si las cosas pasaban ahí, enfrente de todos, del mismo Zar, incluso. Eran bien ciegos los rusos parece. La cosa es que así pasaron sus

buenos años amándose en secreto hasta que finalmente estalló la Primera Guerra y el Zar partió con el ejército al campo de batalla. Ahí la cuestión se anduvo complicando porque la Zarina secuestró a Rasputín en el Palacio de los Zares para que la ayudara a gobernar la gran Rusia. Tan insegura la Zarina… Que dame un consejo por esto, que dame un consejo por lo otro. Que los alemanes están molestando, que no hay alimento en los campos, que los ingleses están sensibles. Todo el día el pobre Rasputín tirando predicciones, vaticinando cosas, aconsejándola. Y así, de tanto estar juntos día y noche como un verdadero matrimonio, las habladurías comenzaron a correr por San Petersburgo y llegaron a oídos del príncipe Félix. Que dicen que son amantes, que dicen que duermen juntos, que no salen de la habitación de la Zarina, que se pasean desnudos por el palacio. El príncipe comenzó a enloquecer de celos. Se pasaba todo el día pensando en su amado revolcándose junto a la Zarina. Los veía besándose, tocándose, amándose en los mismos lugares donde habían estado juntos alguna vez. Y esta locura, este trastorno emocional del príncipe, fue del que se aprovecharon algunos cortesanos que querían deshacerse del Monje Loco, como le llamaban a Grigori Yefimovich Rasputín.

Hace rato que la corte desconfiaba de Rasputín. Lo miraban como una mala influencia para los Zares, encontraban que cortaba mucho el queque, y eso les parecía pésimo porque mal que mal el hombre era sólo un campesino. Así comenzaron los cahuines para eliminarlo y llegaron hasta el príncipe Félix y le llenaron la cabeza de mentiras para solicitarle que fuera él el que le hiciera una emboscada a Rasputín. El príncipe que ardía de celos aceptó colaborar y envió una invitación a Grigori Yefimovich Rasputín para que fuera a verlo a una celebración en su casa. Llegó el día del festejo y Rasputín se presentó. Venía muy guapo, se había bañado, cosa que no hacía casi nunca. Los amantes se miraron disimulando su pasión y departieron con el resto de los invitados, entre los que estaban los cortesanos asesinos que observaban de reojo cada movimiento. Al cabo de un rato Félix invitó a Rasputín a un salón subterráneo donde podrían estar a solas. Bajaron los dos con disimulo y en cuanto cerraron la puerta del salón Grigori besó a su amante como no lo había hecho hace demasiado tiempo. Félix respondió distante y Grigori, que sabía interpretar como nadie los signos de su entorno, supo lo que pasaba. “¿Qué pasa, Félix? ¿Es que crees en las habladurías de la gente?” “Yo sólo creo lo que dice mi corazón, Grigori. Y si sabes leer lo que hay en él, sabrás lo que está pasando aquí. Te prefiero muerto, antes que con ella”. Y ahí el príncipe loco, completamente loco de celos, sacó su revólver y le disparó a su amante

en el pecho. Puggg. El disparo se escuchó en medio de la fiesta en toda la casa y los cortesanos complotadores bajaron al subterráneo rápidamente. Lo que encontraron fue aterrador. Rasputín permanecía de pie, con el pecho sangrante, mirando a Félix con tranquilidad. Parecía que la bala no le había hecho nada. “Sabía que me traicionarías, Félix, pero también sabía que no lograrías matarme. Tus balas no me dañarán nunca, porque tú no quieres que lo hagan”, y antes de que el príncipe le respondiera algo y el diálogo amoroso entre los amantes siguiera, los cortesanos rastreros y criminales agarraron revolver y puggg. Un disparo en la cabeza. Puggg. Otro en la espalda. Puggg. Otro en el estómago. Y puggg, pugggg, pugggg. Todos los disparos necesarios para derribar al gigante.

Lo que sigue después no es muy claro. Dicen que lo arrastraron entre varios y se lo llevaron de ahí para amarrarlo y tirarlo al río Neva. Dicen que no estaba muerto. Dicen que lo encontraron un par de días después, atascado a un puente y que ya no llevaba las amarras. Dicen que él mismo se las había sacado. Dicen que la autopsia arrojó que la causa de muerte fue la inmersión y no el montón de balas que tenía en el cuerpo. Dicen que la Zarina ordenó un funeral pomposo, pero que el cadáver desapareció camino al entierro. Dicen tantas cosas. Lo único cierto es que el Príncipe Félix Yussopov, arrepentido por su estúpida jugada, en algún momento de todo este confuso final, con un bisturí quirúrgico extrajo el gran miembro de su amante y lo guardó en formol. Si hay algo que ha sobrevivido a esta historia y a sus protagonistas es eso, el contundente miembro de Grigori Yefimovich Rasputín.



Capítulo 6:
La mujer que vio lo que no debía ver

“Февраль. Достать чернил и плакать!
Писать о феврале навзрыд,
Пока грохочущая слякоть.
есною чёрною горит”.
Boris Leonidovich Pasternak

La mujer que vio lo que no debía ver sigue el rastro de las ratitas muertas y llega al espejo y atraviesa el vidrio y se queda ahí, atrapada en esa escena que había visto y no debió ver, sin poder salir de ella nunca más.

Capítulo 7:
Ratas de laboratorio

Cassandra y Rubén Chico han llegado a la sesión de taller. Cassandra parece muy nerviosa.

Rubén Chico: Pe-pe-pero ¿cómo? ¿Se se-se-separaron?

Cassandra: No sé, no termino de entender nada. Lo único claro es que el Tomy se fue anoche, se llevó todas sus cosas y ahora la María llora y llora en su pieza como Magdalena.

Rubén Chico: Pe-pe-pero si venían lle-lle-llegando de su viaje a Washington. La Ma-ma-maría estaba tan feliz.

Cassandra: Yo creo que la procesión iba por dentro. La Marita estaba nerviosa, pero se lo tragaba todo. ¡Acuérdate que nos contó que escribía en el water! Mira tú una escritora como ella, sensible, talentosa, creativa, escribiendo en el water para que nadie la moleste. Debe haber sido un infierno esta casa y nosotros no nos dábamos cuenta.

Rubén Chico: Yo-yo-yo creo que la cosa de los italianos fue la gota que rebasó el vaso.

Cassandra: ¡Por supuesto! Esa gente loca y gritona y buena para el diente.

Rubén Chico: Pe-pe-pero ahora tampoco están.

Cassandra: Se deben haber ido con el Tomy. Un poco de decencia. La Marita no se iba a quedar con esa tropa de idiotas.

Rubén Chico: Ta-ta-tampoco me revisó nadie en la entrada.

Cassandra: Es que ya no hay guardias. Se fueron los guardias, los choferes, las cocineras, la secretaria del Tomy. Si hasta los niñitos se fueron con los papás de la María.

Rubén Chico: E-e-entonces vámonos. ¿Qué-que-qué vamos a hacer acá? No-no-no podemos hacer el taller así.

Cassandra: ¡Cómo nos vamos a ir y la vamos a dejar sola!

Mauricio entra. Trae la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo.

Cassandra: *(Alarmada)* Mauricio, ¿qué te pasó?

Mauricio: ¿Se acuerdan que un gringo me llamaba porque me quería sacar la chucha?

Rubén Chico: Sí.

Mauricio: Me la sacaron.

Cassandra: *(Alarmada)* ¿Pero cómo? ¿Qué te hicieron?

Mauricio: Fue después de la última sesión del taller. Yo llegué a mi casa y cuando fui a abrir la reja del departamento me pegaron el primer combo en la espalda.

Rubén Chico: ¿Quién? ¿E-e-el gringo?

Mauricio: No, el que me pegó no era un gringo, era un italiano.

Cassandra: ¡Pero de dónde sale tanto italiano de un día para otro!

Rubén Chico: ¿Lo-lo-lo viste?

Mauricio: No alcancé, estaba oscuro, pero me botó al suelo y me pateó todo lo que quiso. Cuando se fue me habló y ahí le caché el acento. *(Imita)* "Te parlamos que te íbamos a volare la raja. Ándate a la chucha, caro mío, no te metas en huevatti".

Cassandra: ¡Qué horror! ¿Avisaste a carabineros? Tienes que hacer una denuncia, no puede ser que esos gánsters hagan lo que quieran con nosotros. Son todos unos mafiosos. Ya ves que el grupo que estaba aquí le mató el matrimonio a la María.

Mauricio: ¿Por qué dices eso?

Cassandra: El Tomy se fue con los italianos. La María se quedó sola.

Mauricio escucha interesado.

Rubén Chico: E-e-entonces no estabas inventando lo de las llamadas la otra vez. E-e-era cierto.

Mauricio: ¡Por supuesto que era cierto! Y no soy el único. A la Julia también la llamaban. Hace rato que recibía llamadas anónimas.

Cassandra: ¿La Julita Ilabaca? ¿Cómo lo sabes?

Mauricio: Porque ella me lo contó antes de desaparecer.

Cassandra: Antes de irse de viaje, querrás decir.

Mauricio: ¡Nadie se va de viaje sin avisarle a su familia! ¡Nadie se va de viaje sin llevarse ni un calcetín de su casa!

Silencio.

Cassandra: ¿Tú has ido a su casa? ¿Has hablado con su familia?

Mauricio: Por supuesto. Y les puedo decir que no hay ni un rastro que indique que se fue de paseo. Nadie tiene idea dónde está. ¿Y saben quiénes fueron las últimas personas con quién estuvo?

Rubén Chico: No.

Mauricio: Ustedes. La Julia salió de aquí esa última noche y nunca más llegó a su casa.

Silencio. Cassandra y Rubén chico parecen sorprendidos. Rubén Grande aparece con el rostro desencajado. Trae un diario El Mercurio entre las manos.

Rubén Grande: ¿Vieron la noticia?

Rubén Chico: Yo pe-pe-pensé que no ibas a volver más.

Cassandra: ¿Es cierto que te contrataron en el Palacio de La Moneda para escribir discursos?

Rubén Grande: ¿Vieron la noticia sí o no?

Cassandra: ¡Contéstame! ¿Te contrataron?

Rubén Grande: Sí, me contrataron.

Cassandra: O sea que vas a estar en el Palacio de Gobierno, vas a ser como un

asistente del General, vas a estar a su lado, redactándole sus discursos, poniéndole palabras a su boca.

Rubén Chico: ¿Te-te-te pagan bien?

Rubén Grande: Sí.

Cassandra: ¿Y el General sabe que eres colita? ¿Le gustará tener a una persona como tú trabajando para él?

Rubén Grande: No vine a discutir mi vida laboral con ustedes. Vine a mostrarles esto.

Rubén muestra la portada de un diario. En ella aparece la fotografía en primer plano de un gringo. A su lado un titular que dice Thomas Walter, el hombre bomba.

Cassandra: *(Sorprendida)* ¡El Tomy!

Mauricio: *(Lee)* Justicia americana y justicia argentina piden extradición de Thomas Walter, supuesto autor de los atentados al General Carlos Prats y al ex canciller Orlando Letelier.

Todos escuchan muy sorprendidos.

Rubén Chico: No-no-no puede ser.

Cassandra: *(Espantada)* Esto es ridículo. Estos atentados fueron hechos por narcotraficantes, todos lo sabíamos.

Rubén Grande: Y eso no es nada, adentro dice que él y la María son doble agentes de la Dirección de Inteligencia Nacional y de la CIA. Dice que la María está involucrada en los asesinatos.

Cassandra: *(Espantada)* ¡No! ¡Eso es imposible!

Rubén Chico: ¡E-e-eso lo inventaste porque el otro día te echamos por co-co-cola!

Rubén Grande: Léanlo, yo no estoy inventando nada.

Rubén Chico y Cassandra van a tomar el diario, pero luego se alejan. Mauricio lo toma y lo lee concentrado.

Cassandra: ¡Esto no tiene lógica! ¡Por qué la DINA iba querer asesinar a alguien!

Mauricio: Son dos ministros de Allende.

Cassandra: Drogadictos, por eso les pasó lo que les pasó.

Rubén Grande: ¡Por favor, Cassandra! No fueron los narcos, lo más probable es que haya sido la CIA.

Rubén Chico: La-la-la María no puede ser una asesina, e-e-eso es una pe-pe-pelotudez.

Cassandra: Esto debe tener una explicación. Una cosa es que la Marita sea agente de nuestro gobierno, eso es completamente justificable, pero otra muy distinta es que sea una criminal.

Rubén Chico: ¿Pe-pe-pero cómo se puede ser agente de la DINA y de la CIA a-a-al mismo tiempo?

Rubén Grande: No tengo idea, pero eso es lo que dice el diario.

Rubén Chico: Si-si-si es una doble agente nos lo debió haber dicho.

Cassandra: ¿Cómo nos iba a decir que era doble agente si los doble agentes son secretos?

Rubén Chico: E-e-entonces no nos debió haber i-i-invitado para acá. A-a-a lo mejor somos parte de una misión, de un experimento.

Cassandra: ¡No seas ridículo! La Marita es la Marita, y aunque fuera una agente secreta de la DINA y de la CIA al mismo tiempo, no nos haría nada a nosotros.

Mauricio: *(Aún leyendo)* Yo no estaría tan seguro.

Cassandra: ¡Qué sabes tú si apenas la conoces!

Rubén Grande: Ahora me explico tantas cosas. Los guardias, por ejemplo. Cuándo se ha visto una casa particular con tanto guardia.

Mauricio: Es que esto no es una casa particular.

Cassandra: ¿Y qué es entonces?

Mauricio: Un cuartel de inteligencia.

Silencio.

Cassandra: *(Incrédula)* ¡Por favor!

Rubén Chico: *(Saca conclusiones)* Po-po-por eso tanto chofer y ta-ta-tanto auto y ta-ta-tanta gente que entra y sale.

Rubén Grande: *(Cae en cuenta)* Por eso los italianos. ¡Quién sabe quién mierda son esos italianos! ¡Quién sabe qué clase de operación internacional se planifica aquí!

Cassandra: ¿Y la familia de la Marita? ¿Sus niños? ¿Sus nanas? ¿También son agentes secretos?

Rubén Chico: Se-se-seguro que el Tomy se fue por esto. Salió arrancando a alguna parte.

Rubén Grande: Seguro que el Tomy no se llama Tomy. ¡Seguro que la María no se llama María!

Rubén Chico: *(Los hace callar)* Shhh. *(En voz baja)* ¿Y-y-y si hay micrófonos aquí? ¿O cámaras?

Todos observan el lugar con desconfianza.

Rubén Grande: *(En voz baja)* A lo mejor siempre fuimos vigilados.

Rubén Chico: *(En voz baja)* A-a-a lo mejor ahora mismo nos están vigilando.

Rubén Grande: *(En voz baja)* Deben tener todos nuestros datos.

Rubén Chico: *(En voz baja)* De-de-debemos estar fichados por la CIA.

Cassandra: ¡Ya! ¡Paren la tontera! ¿De verdad creen que la CIA y la DINA están preocupados de un grupo de escritores inéditos como nosotros?

Rubén Chico: Si-si-si no es así entonces ¿por qué la María nos trajo para acá?

Cassandra: Porque quería hacer un taller literario.

Rubén Chico: ¿De-de-desde cuándo los doble agentes se-se-se interesan por la literatura?

Cassandra: La Marita es una escritora, ustedes mismos han leído las maravillas que escribe. No tenemos la certeza de que sea un agente o una doble agente y mucho menos de que haya matado a alguien.

Rubén Grande: ¡Pero si sale en el diario!

Cassandra: ¡Ese diario miente! Los upelientos lo decían, ¿o no?

Rubén Chico: ¿Y-y-y ahora le haces caso a los u-u-upelientos?

Rubén Grande: Yo creo que no podemos seguir pasándonos películas.

Cassandra: Es cierto. Tenemos que aclarar esto. Vamos a conversar con la Marita ahora.

Todos van a salir. Mauricio los detiene.

Mauricio: ¿Quieren terminar como la Julia?

Rubén Grande: *(Desconcertado)* ¿Qué tiene que ver la Julia en esto?

Mauricio: Con toda esta información que tienen ahora… ¿no les parece raro que una integrante de este taller se haya esfumado de la faz de la tierra?

Silencio. Todos se miran nerviosos y desconcertados.

Mauricio: ¿Se acuerdan del proyecto literario de la Julia? ¿Se acuerdan de qué se trataba?

Cassandra: Sí, claro… era sobre una mujer que iba encontrando ratoncitos muertos en un jardín.

Mauricio: ¿Cómo era el jardín?

Cassandra: *(Recuerda)* Amplio, muy lindo, con un prado extenso, como el de un verdadero palacio, como el de La Casa Blanca, como el del Palacio de los Zares.

Rubén Chico: No. E-e-era un jardín grande, pero no ta-ta-tan grande.

Rubén Grande: Era como el de una casa, como el de esta casa.

Cassandra: Con una cabañita atrás, como la cabañita ésa que hay aquí en el jardín de la Marita.

Mauricio: ¿Y qué más pasaba?

Cassandra: Bueno, esta mujer, que era como la Julita, joven, simpática, llena de vida, curiosa, medio metiche, un día se acerca al dueño del jardín y le pregunta por estos ratones muertos que aparecen todos los días afuera de la cabañita. Además eran ratones muy lindos, de estas ratitas blancas, como de laboratorio.

Rubén Grande: "Oiga", le dijo la mujer al dueño de casa. "Quería preguntarle una cosita. ¿Qué serán estos ratoncitos que aparecen muertos aquí a la salida de esta cabaña, en este jardín tan hermoso?"

Mauricio: ¿Y el dueño de casa qué le respondió?

Rubén Chico: No-no-no llegamos a esa parte. Ahí la Ju-ju-julia se fue al taller de Do-do-donoso.

Mauricio: No se fue al taller de Donoso. La Julia no se fue a ninguna parte porque nunca salió de aquí.

Silencio.

Mauricio: La mujer de la historia de la Julia, que era como la Julia, a la que de ahora en adelante vamos a llamar Julia, no recibió ninguna respuesta muy clara del dueño de casa. "Ah, sí… los ratoncitos blancos", le dijo el hombre. "Qué raros ¿no? De seguro el jardinero debe haber puesto veneno". Y luego de eso el dueño de casa, un hombre alto, con acento extranjero, al que vamos a llamar Thomas Walter, llevó a la Julia al tercer piso y la dejó en el taller literario con todos ustedes.

Cassandra: ¿Con nosotros?

Mauricio: Pasaron los días y otra tarde vino la Julia al taller y pasó por el jardín creyendo que encontraría más ratitas blancas tiradas en el piso, pero esta vez no encontró nada. Sólo escuchó desde la cabañita un quejido suave, "ay… ay…ay…" Era como la voz de un hombre que se quejaba entre sueños.

Cassandra: Como Rasputín soñando con la Revolución Rusa.

Mauricio: La Julia intentó entrar a la cabañita, pero la puerta estaba cerrada con llave. Entonces buscó una ventana para ver lo que ocurría adentro, pero todas y cada una de ellas estaban tapiadas. La cabañita encantadora del jardín era un bunker de madera completamente sellado. Los quejidos seguían en el interior: "ay…ay…ay…". Entonces la Julia se encaramó en una pandereta y pudo ver por un ducto de ventilación lo que ocurría ahí dentro.

Rubén Grande: ¿Qué vió?

Mauricio: Un hombre mayor, de unos cincuenta años, se encontraba desnudo y amarrado a una cama. El cuerpo del hombre estaba lleno de heridas y cortes, y a su lado el dueño de casa, Thomas Walter, el gringo, junto a un doctor, inyectaban al hombre un par de jeringas como si éste fuera una ratita blanca de laboratorio.

Rubén Grande: El doctor Berríos. Es el doctor de la familia, se pasa metido ahí en la cabaña.

Cassandra: Viene a atender a los niños y a las nanas y a la María. Incluso hasta a los italianos los atendió una vez que estaban con gastritis.

Rubén Grande: ¿Pero , qué estaban inyectándole al hombre?

Rubén Chico: Lo-lo-lo mismo que le inyectaban a las ratas.

Mauricio: Asustada y nerviosa, la Julia se alejó de la cabañita rápidamente y entró al taller sin decirle nada a nadie.

Cassandra: ¡Yo me acuerdo de esa vez! Debe haber sido cuando estaba medio enferma, ¿se acuerdan? No habló ni leyó ni dijo nada. Se fue antes, incluso.

Mauricio: Unos días después en los diarios apareció la noticia del accidente automovilístico de un hombre. Su auto cayó con él adentro a un canal en Huechuraba. El hombre era un funcionario internacional ex consejero del presidente Allende.

Rubén Grande: Carmelo Soria, todos leímos la noticia.

Mauricio: Él había desaparecido hace unos días de su casa y ahora se había accidentado producto de una gran borrachera, según las autoridades que aún

no recogían los análisis de la alcoholemia del cuerpo. Cuando la Julia leyó la noticia y vio la fotografía del hombre muerto se dio cuenta de que era el mismo que había visto aquí en la cabaña. Claramente no se había accidentado. Alguien lo había matado antes.

Silencio.

Cassandra: ¿De dónde sacaste esta historia? ¿Por qué tendríamos que creerte?

Mauricio: La última vez que la Julia estuvo con ustedes venía dispuesta a aclarar las cosas con la María. Quería preguntarle, tal como ustedes piensan preguntarle ahora, qué era todo este enredo. Desgraciadamente la Julia nunca volvió para contarme lo que pasó.

Silencio.

Mauricio: Yo que ustedes, por su propia seguridad, me iría de aquí sin preguntar nada y no volvería nunca más a menos que quieran terminar como una de las ratitas blancas.

Silencio. Todos se miran nerviosos. La puerta se abre y entra María. Trae un par de lentes oscuros, al parecer ha llorado mucho. Todos la observan desconcertados. La atmósfera se vuelve espesa e inquietante.

María: ¡Chiquillos! ¡Están todos! ¡Qué alegría más grande tenerlos acompañándome!

María se acerca a abrazarlos.

María: *(Quebrada, aguantando el llanto)* Perdónenme el atraso, pero ya la Cassandra les habrá contado. Esta casa explotó en mil pedazos como si le hubieran puesto una bomba. Ha sido horroroso, pero bueno, nosotros sabemos que las historias de amor no siempre terminan bien. Yo les vuelvo a pedir disculpas, nunca me ha gustado mezclarlos con los problemas de acá, por eso partamos con el taller nomás.

María se acomoda con sus escritos para iniciar la sesión.

María: No tengo frase inspiradora esta vez. ¿Quién lee?

Silencio.

Cassandra: Nosotros pensábamos, Marita… que… dadas las circunstancias, era mejor que nos fuéramos y te dejáramos tranquila.

María: Por ningún motivo. Nunca hemos suspendido una sesión y no vamos a suspenderla porque mi marido me dejó.

Rubén Grande: Pero sería prudente que descansaras.

María: ¡No quiero descansar! Quiero trabajar. ¿Quién lee?

Silencio.

María: Cassandra… podríamos revisar algo sobre la Zarina.

Cassandra: No traje nada preparado.

María: Rubencito, tu cuento ése que estabas trabajando… La infiltrada.

Rubén Chico: Me-me-me arrepentí, voy a da-da-darle una vuelta más.

Silencio.

María: ¿Pero qué les pasa?

Rubén Grande: Es que nos incomoda estar invadiéndote en este momento. Tú necesitas estar sola.

María: ¡No quiero estar sola! *(Por el diario)* ¿Ese diario de cuándo es?

Todos observan el diario en el que sale la noticia de Thomas Waler sindicado como el hombre bomba.

Rubén Grande: De ahora… de hace un rato.

María: Préstamelo, he estado tan desconectada de todo. No he visto tele, ni diarios, nada…

Rubén Grande: Te lo dejo cuando nos vayamos y así lo lees tranquila.

María: ¡No! Quiero verlo ahora.

Rubén no obedece. María se levanta a tomar el diario. María lo toma sin ver la primera página. Comienza a leerlo desde atrás. Todos observan inquietos.

María: Voy a leer mi horóscopo, a ver si algo puede orientarme. *(Lee)* Geminis: Controle a los dos gemelos de su personalidad, condúzcalos por el mismo camino. Desconfíe de la gente que tiene a su alrededor.

María observa a los talleristas.

María: Estos gallos que escriben los horóscopos no saben nada.

María continúa dando vuelta las hojas del diario.

María: Esto es lo que buscaba. *(Lee)* Bases del concurso de cuentos de El Mercurio.

Cassandra: ¿Quieres participar otra vez, Marita?

María: Tengo un texto que podría funcionar. Me encantaría tener una opinión de ustedes antes de mandarlo. ¿Les tinca que se los lea ahora ya que nadie trajo nada?

Todos asienten. María dobla el diario y al dejarlo sobre la mesa otra vez, ve los titulares en los que aparece la fotografía de su marido. Lo observa un momento mientras los talleristas la observan a ella. La situación es tensa. María toma el diario y lee el interior.

María: ¿Ustedes… leyeron esto?

Tensión. Todos asienten en silencio.

María: ¿Y… no pensaban decirme nada?

Tensión. Silencio.

María: *(Fuerte)* ¡Les estoy haciendo una pregunta! ¿No pensaban decirme nada?

Mauricio reacciona al descontrol de María.

Mauricio: María, dejémonos de pelotudeces. Todos sabemos perfectamente lo que dice el diario. Deja que ellos se vayan a sus casas y aclaremos esto entre los dos.

María: ¡Qué tengo que aclarar yo contigo, por favor!

Mauricio: Quiero que me digas qué hicieron con la Julia.

María mira a Mauricio con detención.

María: ¿Quién mierda eres, Mauricio?

Mauricio: ¿No lo sabes? Tu gente tiene mis datos, me han seguido, me han sacado la cresta y tú me preguntas quién soy?

María: Tus documentos son falsos. Mauricio Pérez no existe en el registro civil de este país. Tu dirección y tu teléfono son los de la Julia Ilabaca. ¿Quién mierda eres?

Mauricio: Puedo responder esa pregunta si dejas que el resto se vaya y me dices qué pasó con la Julia.

María: Te dejé entrar a mi taller, te he recibido semana a semana, he dejado que te pasees por toda mi casa husmeando y dándote vueltas, ¿y ahora me pones exigencias? ¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre?

Mauricio toma su barba y se la arranca de cuajo.

Mauricio: Mi nombre es Caterina Rubilar y soy la mujer de la Julia Ilabaca.

Mauricio rápidamente pasa a ser Caterina. Todos observan impresionados.

Cassandra: ¡No!

Rubén Grande: ¡Increíble!

Cassandra: ¡Pero cómo no nos dimos cuenta!

Rubén Chico: ¿La-la-la Julia era tortillera?

Caterina: *(A María)* Ya sabes quién soy, ahora deja que se vayan y dime qué pasó con la Julia. Ya no vale la pena que sigas callando. Salió en los diarios todo sobre ti. Sea quién sea el que te metió en esto, ahora te dejó sola y te tiró a los leones.

María: ¿Quieres saber qué pasó con tu mujer?

Cassandra: Nosotros las dejamos conversando solas, así aclaran sus cosas.

Todos se acercan a la puerta. María saca una pistola y amenaza a todos con el arma.

María: ¡No! ¡De aquí no sale nadie! *(Toma un manuscrito)* ¿Saben lo que es esto? El cuento que pienso mandar al concurso de El Mercurio. Ratas de Laboratorio, así se llama.

Caterina: No queremos escuchar tu cuento, María. Deja que se vayan y responde mi pregunta.

María: Esta es una sesión de taller literario así es que vamos a hacer lo que vinimos a hacer. Yo voy a contarles mi cuento y ustedes me van a dar sus opiniones.

Rubén Grande: María…

María: ¡Cállense!

Todos parecen muy asustados. María comienza a narrar su historia. Quizás la lee.

María: Érase una vez una mujer que vio lo que no debía ver. Siguió el rastro de un grupo de ratitas muertas en el jardín de un palacio y llegó hasta donde no tenía que llegar. La mujer se llamaba: Julia Ilabaca.

Caterina: ¿Dónde está?

María: ¡Cállate y escucha! *(Continúa)* Los dueños del palacio le dijeron a la mujer que vio lo que no debía ver, que se olvidara de lo que había visto. No es bueno traspasar el otro lado del espejo, las cosas ahí están al revés y es difícil entenderlas, están escritas en otro código, en otro lenguaje. "Olvida", le dijeron, "olvida", pero la mujer no quiso olvidar.

Caterina: Lo que vio la Julia fue una sesión de…

María golpea a Caterina con la cacha de su pistola. Es un golpe seco y violento.

María: ¡Sh! ¡Cállate! No me gusta que me interrumpan. *(Continúa)* Así, la mujer que vio lo que no debía ver, quiso traspasar otra vez el espejo y habitar esa escena ya vista. "No lo hagas", le dijeron los dueños del palacio. "Quédate tranquila, mujer, déjate de huevadas, tú no tienes nada que ver, para qué te

metes, no te busques problemas", pero la mujer, que era muy curiosa, no obedeció y volvió a seguir el rastro de ratitas muertas y llegó al espejo y atravesó el vidrio y se quedó ahí, atrapada en esa escena que había visto, sin poder salir de ella nunca más.

Caterina: ¿Qué le hiciste?

María no responde.

María: ¿Les gustó el cuento, chiquillos? ¿Qué me dicen? *(Lo apunta con el arma)* Quiero tu opinión Rubencito.

Rubén Chico: Mu-mu-muy lindo.

María: *(Lo apunta con el arma)* ¿Y tú, Rubén?

Rubén Grande: Un poco corto, le falta desarrollo.

María: ¿En qué?

Rubén Grande: Yo profundizaría más sobre los dueños del palacio. Contextualizaría mejor su situación.

María: *(Piensa)* Es cierto… sería bueno contar quiénes son, por qué hacen lo que hacen. Buen comentario. *(A Caterina)* ¿Y tú? ¿Tienes alguna observación literaria?

Caterina: Yo aclararía más cuál fue la escena en la que quedó atrapada la mujer que vio lo que no debía ver.

María: ¿Sí? ¿Tú crees? Pensé que era mejor hacer una elipsis. Que cada uno imaginara la escena más perturbadora que tuviera en la cabeza.

Caterina: No creo que sea bueno insinuar. Yo quiero saber.

María: ¿Para qué? Si ya no puedes salvarla.

Silencio.

Caterina: ¿Qué le hiciste a la Julia?

María se toma un tiempo.

María: La mujer que vio lo que no debía ver se atrapó en la misma escena que había visto. Una cama, un cuerpo desnudo amarrado con correas al catre. Un cuerpo herido, quemado con colillas de cigarrillo, con la corriente de una batería. Una jeringa con veinte mililitros de clostridium botulínica inyectada en su brazo derecho.

Caterina: ¿Qué es eso?

María: Botulina. Una droga. Un fármaco que paraliza los músculos. En las ratitas blancas genera una muerte rápida. Se rigidizan todos los órganos al mismo tiempo y no alcanzan a darse cuenta cuando ya están muertas. Las ratitas no sufren. En el ser humano es distinto. Los cuerpos son más grandes, el torrente sanguíneo es más lento. Primero se paralizan los pulmones, luego los bronquios, la faringe… la sensación de ahogo es absoluta y la agonía dura por lo menos un par de horas. Cuando la persona piensa que va a morir asfixiada, lo que finalmente termina por matarla es un paro al corazón. Tic, tac. Tic, tac. Tic…tac… La válvula deja de funcionar. El cuerpo muere.

Silencio.

Caterina: ¿Dónde está?

María: Enterrada bajo los rosales, al lado de la cabaña.

Caterina hace el amago de salir, pero la voz de María la detiene.

María: Y en la entrada de autos. Al lado del portón, donde están las matas de ruda.

Caterina mira a María desconcertada.

María: Y también donde está la gruta de la Virgen del Carmen. Bajo el rincón de los cavos de vela.

Todos observan a María en silencio. Es un silencio largo e incómodo que María rompe después de un momento.

María: ¿Qué me dicen, chiquillos? ¿Creen que me pueda ganar el concurso de El Mercurio otra vez?

Silencio. Nadie responde.



Capítulo 8:
La Casa del Propósito Especial

Rubén chico se encuentra sentado en el water del baño de la casa.

Rubén Chico: La-la-la familia Romanov tuvo que dejar el Palacio de los Za-za-zares cuando estalló la Revolución de Octubre. Fue como si hubieran puesto una bomba en el Palacio y toda la realidad que vivían hasta entonces, hubiera volado en mil pedazos. Los bo-bo-bolcheviques los trasladaron a una cabaña en Ekaterimburgo, en medio de los montes Urales, pe-pe-perdidos en la fría Siberia. La ca-ca-cabaña era una mini fortaleza, vigilada por guardias, a la que los mismos bolcheviques habían ba-ba-bautizado con el nombre de "La casa del propósito especial". A-a-ahí vivió la familia Romanov bajo la vigilancia del comandante Yarko Iurovsky. É-e-el se preocupaba de cuidarlos. Co-co-conversaba con la familia, a-a-a veces comían juntos, compartía lecturas con ellos y ha-ha-hasta jugaba a la pelota en los pasillos con el pequeño Zarevich Alexis, el menor de todos, el niño hemofílico de la Zarina que Rasputín logró curar en una oportunidad.

Lo-lo-los Romanov eran siete. Primero estaba el Zar Nicolás segundo, luego la Zarina Alexandra Fiodorovna Romanova, y luego sus cinco hijos: Olga, de veintidós años, Tatiana, de veintiuno, María, de diecinueve, Anastassia, de diecisiete y el heredero del trono, el pequeño Zarevich Alexis, que en ese momento tenía trece años. Todos convivían en "La casa del propósito especial" con los guardias, con los pocos sirvientes y cocineros que había. La vida ahí fue angustiosa, sin claridad de futuro, con el gobierno en contra, incomunicados y sin saber cómo transcurrían los días. En el encierro de "La casa del propósito especial" el tiempo se detenía, no pasaba, giraba en banda como en un carrusel de feria, como en una jaula de laboratorio.

Y así llegó la noche del diecisiete de julio de 1918. Eran las dos de la madrugada cuando el comandante Yarko se acercó a la habitación donde dormía la familia completa y les dijo que por prevención debían bajar rápidamente al subterráneo del lugar. Los Romanov obedecieron y se trasladaron en pijamas, con un par de almohadillas y con el Zarevich Alexis en brazos porque el niño tenía el sueño pesado y no lograba despertar.

Cuando los Romanov bajaron al subterráneo descubrieron que no había nada allí. No podrían seguir durmiendo porque no había colchones ni mantas.

Tampoco había calefacción. Ni siquiera había una silla para sentarse a descansar. El comandante Yarko, seguido por sus hombres, bajó junto a los Romanov y les pidió que se ordenaran y posaran sonrientes porque les tomarían una fotografía familiar. Los Romanov, acostumbrados a posar para las cámaras, se sintieron humillados de tener que fotografiarse así, en pijama, chascones, con las ojeras hasta el suelo. Cuántos retratos habían hecho antes en los jardines y en los salones de su palacio. Cuánta preparación dedicaban para cada fotografía que se sacaban frente a la prensa. Una de las jóvenes, probablemente Olga, la mayor, pidió que por lo menos alguno de los sirvientes los aseara y los peinara antes de ser tomada la fotografía, a lo que el comandante Yarko Iurovski se negó tajantemente. No tenemos tiempo para preparaciones, debemos hacerlo ahora. Así es que los Romanov se acomodaron un poco la ropa, se peinaron con los dedos, intentaron sonreír y se ordenaron como siempre lo hacían. Los padres, el Zar y la Zarina, en el centro. Olga y María al lado izquierdo, Anastassia y Tatiana a la derecha, y debajo de los Zares, el pequeño Alexis que apenas entendía lo que estaba pasando. Cuando el cuadro estuvo listo, el comandante Yarko les informó que lo sentía mucho, pero que no tenía cámara fotográfica. Lo que ocurriría ahora sería la ejecución de “el propósito especial”. Los hombres del comandante levantaron sus armas y cuando éste dio la orden comenzaron los disparos. Puggg. Puggg. Puggg. Fueron tres minutos de disparos. Puggg. Puggg. Puggg. Fueron ciento tres los proyectiles que salieron de las armas. Los integrantes de la familia Romanov cayeron al suelo acribillados uno por uno. Si efectivamente hubiera habido una cámara fotográfica esa noche, hubiera hecho un retrato familiar de carne y sangre.

Los cuerpos de la familia Romanov fueron trasladados a un bosque y allí quemados con ácido sulfúrico. Los del pequeño Alexis y de la joven Anastassia fueron también cercenados y machacados, convertidos en cientos de trocitos. La familia fue enterrada en dos grupos en lugares distantes. Tuvo que pasar mucho tiempo para que los cuerpos fueran encontrados e identificados. Después de la ejecución “La casa del propósito especial” quedó cerrada, abandonada y olvidada.

E-e-esta historia no es mía.

Pe-pe-pero quiero contarla, por si llega a salvar a alguien.



Michael Townley y Mariana Callejas

Este libro terminó de imprimirse en Santiago de Chile en diciembre de 2019

www.oximoron.cl

Una historia chiflada. Como para una obra de teatro. Eso me dijo la Nona. Pero no, esa obra no podía ser —según la Nona— un drama de denuncia. Tampoco un thriller efectista. Cualquiera de esas alternativas —según la Nona— le quitarían el filo a esa potencial obra escrita por nadie. Porque la situación chiflada que planteaban los hechos reales —un grupo de escritores hablan y hablan de literatura mientras en la pieza de al lado se construyen bombas y se tortura y se asesina— tenía que ser —necesariamente, para la Nona— una comedia.

Y así, al fin, la novelista y actriz que actuaba en obras de otros, por fin se convertía en dramaturga.

Porque, no importando el medio, la Nona es una narradora tremenda y delirante. Y que no pierde el foco.

Siempre cuenta historias para salvar a alguien.

Marcelo Leonart



oximoron